

BOLSALIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

MARCO PARA UN CRIMEN

Clark Carrados



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE SERIE ROJA:**

1.569 - Unidos ante la muerte.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.424 - ¡Guerra a SWAT!

En Colección **BÚFALO SERIE ROJA:**

1.058 - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección **CALIFORNIA:**

812 - Abogado de revólver.

En Colección **KANSAS:**

1.018 -El camino de la muerte.

En Colección **BRAVO OESTE:**

626 - Clave para el asesino.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

818 -El fin de la cuenta.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

138 - Contratados para morir.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

66 - Destinos ardientes.

En Colección **PUNTO ROJO:**

794 - Tía Amie y yo.

En Colección **COLORADO:**

1.049 - Viejos enemigos.

CLARK CARADOS

**MARCO
PARA UN CRIMEN**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 823
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 46.813 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, enero, 1978

© Clark Carrados - 1978

texto

© Jorge Sempere - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Los menudos ojillos de Spencer Thomas Harrison recorrieron complacidos las hermosas figuras que le rodeaban. Media docena de hermosas muchachas bebían y reían alegremente, algunas de ellas muy ligeras de ropa. Había una impresionante cubeta llena de botellas de champaña, envueltas en hielo y, en otra mesa, numerosas botellas de los más variados licores. También había un espléndido buffet con los más apetitosos manjares que se pudieran desear.

Sonaron un par de taponazos. Spencer Thomas Harrison, con sendas botellas en las manos, fue de una a otra de sus invitadas, llenando sus copas. A una de ellas le vertió un poco del espumoso en uno de los senos. La chica rió estridentemente. Harrison acercó la cabeza y lamió unas pocas gotas de champaña que habían quedado en el escote femenino. Otra de las chicas empujó la cabeza de Harrison por detrás y le aplastó la cara contra los senos de su compañera. Las risas se elevaron fragorosamente.

El alcohol empezó a hacer mella entre las hermosas invitadas de Harrison. A través de la estancia donde se celebraba la fiesta, se divisaba la piscina.

De pronto, una de las chicas gritó:

—¡Vamos a bañarnos!

Se oyó un clamoreo general. Las prendas de ropa empezaron a volar por los aires. Harrison sonreía complacido. Sabía que tenía que ocurrir así.

Sentado en un gran butacón, gordo y orondo como un sultán de cuento oriental, Harrison contemplaba el espectáculo tremendamente complacido. Su única vestimenta era una larga túnica dorada, de amplias mangas y, aunque holgada, no lo suficiente para disimular su gordura. Pero eso a Harrison le importaba poco. Tenía dinero, mucho dinero...

Segundos después, las seis chicas quedaron totalmente desnudas y corrieron hacia la piscina, en la que se zambulleron con alegre estrépito. La propiedad era lo suficientemente extensa para que ningún testigo inoportuno pudiera ver nada desde el exterior.

Harrison quedó en el mismo sitio, con una copa en la mano. Después de vaciarla, se puso en pie y buscó una cigarrera, de la que extrajo un habano. Recreándose en la operación, cortó la punta, se puso el cigarro entre los dientes, prendió un palito de madera aromática y acercó la llama al extremo. Azuladas nubes de humo brotaron en el acto del habano.

Con el cigarro entre los dientes, distendidos los labios en una sonrisa de satisfacción, Harrison se acercó a la gran cristalera que separaba la casa del jardín. La cristalera estaba abierta en parte y el tiempo era lo suficientemente bueno como para no tener necesidad de mantener la estancia cerrada.

Las chicas que se bañaban le parecieron ninfas mitológicas en un río. Por fortuna, pensó, eran seres reales, de carne y hueso... de carne con muchos atractivos.

Se preguntó cuál elegiría. ¿Nancy, la de los pechos rotundos y sólidas caderas? ¿Mattie, la que parecía un chico, con el pecho apenas señalado y el cuerpo delgado y demasiado esbelto? Había un tipo intermedio, Cathy, pelirroja, alegre, sensual y capaz de todo... Bueno, cuando llegase el momento... Y qué diablos, todas eran mujeres y cualquiera de ellas serviría...

Al cabo de un rato, las chicas salieron del agua y retozaron un poco por la hierba que rodeaba la piscina. Poco después, una dijo algo y su proposición fue aceptada con un aplauso general.

Seis jóvenes echaron a correr hacia la casa. Harrison se quitó el cigarro de la boca.

—¡Vamos a bailar! —gritó una.

Las seis chicas se cogieron de la mano y empezaron a bailar en torno al dueño de la casa, ejecutando los más variados bailes, todos ellos con pasos improvisados, jamás vistos en ningún espectáculo. Al cabo de unas cuantas vueltas, dos o tres de ellas se separaron y empezaron a girar sobre sí mismas.

De repente, Harrison sintió una especie de pinchazo en el costado izquierdo. Un breve chillido se escapó de sus labios.

Las chicas detuvieron su danza y le miraron con curiosidad.

Harrison se arrodilló lentamente, con la mano en el costado y una expresión de indescriptible sufrimiento en sus facciones.

El rostro de Harrison había perdido instantáneamente el color. Una de las chicas se inclinó hacia él.

—¿Qué te pasa...? —preguntó.

Pero no tuvo tiempo de hablar. Súbitamente, un chorro de sangre, tan grueso como el dedo pulgar, brotó de la yugular de Harrison, yendo a dar de lleno en la cara de la muchacha que le había formulado la pregunta.

Se oyó un chillido estrepitoso. La chica se volvió a un lado y empezó a vomitar. Las demás habían suspendido la danza y no sabían qué hacer.

Entonces, Harrison se inclinó lentamente a un lado y quedó tendido de costado en el suelo. Aunque ya había perdido su fuerza, la sangre continuaba saliendo inconteniblemente del agujero que se había abierto en su cuello de forma tan misteriosa.

Los pies de Harrison se movieron espasmódicamente unas cuantas veces. Luego, con gran lentitud, empezaron a relajarse.

Súbitamente, las chicas empezaron a sentir miedo. Si alguna de ellas había bebido demasiado, el terrible suceso dispó en el acto los vapores de alcohol que envolvían su mente.

Apresurada, atropelladamente, empezaron a vestirse. Todas tenían la misma idea: huir, huir de aquel lugar antes de que fuese demasiado tarde. Sabían que se había cometido un crimen y no querían ser relacionadas con el hecho.

Unos minutos después, Harrison quedaba solo. En el estacionamiento del jardín había cuatro coches —dos de las chicas no tenían automóvil propio— y sus motores rugieron con intervalos de segundos, iniciándose la huida en el acto, como si sus conductoras quisieran participar en una competición de velocidad. El silencio volvió a la casa.

Debajo del cuerpo de Harrison se extendía lentamente una gran mancha escarlata.

El conductor vio el chisporroteo de los faros policiales y refrenó la marcha de su vehículo. Un policía de tráfico le hizo señas de que circulase despacio. Danny King vio entonces el coche volcado fuera de la carretera.

Una ambulancia llegaba en aquel momento, con gran estrépito

de sirenas. De pronto, King reconoció a uno de los policías.

—¡Eh, Dusty!

El sargento Michael Dusty

O'Brian

se volvió hacia el hombre que le llamaba. Sonrió ligeramente al reconocerle.

—Hola, Danny —saludó—. ¿Qué haces por aquí?

—Voy de paso —respondió King—. Un accidente, ¿eh?

—Sí, dos chicas. No creo que se salven; han sufrido graves lesiones. Están destrozadas, a decir verdad.

King contempló pensativamente los esfuerzos del médico y su ayudante con las víctimas.

O'Brian

continuó:

—Iban a demasiada velocidad, como si les persiguiese un fantasma. Uno de mis agentes vio su marcha enloquecida y se lanzó tras ellas, pero, de repente, el coche tuvo un reventón y se salió de la carretera. ¡Con lo bien que se viaja a ochenta o noventa solamente!

—Un reventón, a esa velocidad, tampoco es cosa agradable, Dusty.

—El coche se puede dominar mejor, pero ¿cómo dominar a un coche que vuela a ciento sesenta?

—Sí, tienes razón.

Un policía se acercó en aquel momento y dijo algo al sargento. Las cejas de

O'Brian

se alzaron por la sorpresa.

—¿Seguro?

—Segurísimo, sargento.

—Bien, en tal caso, comuníquese con jefatura. Hable con el teniente Parral, de Homicidios, y cuénteles lo que ha dicho esa desgraciada.

—Sí, señor.

O'Brian

se volvió hacia su amigo.

—Parece que hay algo más que un simple accidente —dijo—. Una de las chicas ha murmurado algo acerca de Spencer Harrison y

de un asesinato...

—¡Harrison! —exclamó King—. ¡El rey del cine «porno»!

—Cine y publicaciones gráficas. —

O'Brian

torció el gesto—. Una bonita manera de ganar dinero a sacos. Además, creo, le gustaba practicar lo que predicaba..., si es que se puede emplear esta expresión.

—Sí, algo he oído al respecto, aunque no he tenido la desgracia de conocer nunca a Harrison.

O'Brian

le guiñó un ojo.

—Pero, en alguna ocasión, habrás «apreciado» alguno de sus productos —dijo maliciosamente.

—El que esté libre de pecado... —contestó King con sorna—. Bueno, no quiero seguir obstaculizando tu tarea. Recuerdos a la esposa y a los chicos.

—Se los daré de tu parte, Danny. Ah, ¿cómo va tu pata?

—Está casi curada, pero aún necesito llevar bastón. Adiós, Dusty.

El sargento hizo un gesto con la mano. Uno de sus agentes guió el coche de King hasta una zona despejada. King aceleró cuando vio libre la autopista.

Aquella noche, mientras cenaba, leyó en un diario de la tarde el relato del asesinato de Spencer T. Harrison, el rey de la pornografía. Harrison había recibido dos balazos, uno en el lado izquierdo del pecho, que no era mortal, sin embargo. El segundo proyectil había taladrado su yugular y entonces la muerte había sobrevenido en contados segundos.

El periodista especulaba con las posibles causas del crimen. Ninguna de ellas, sin embargo, pareció a King demasiado plausible. Pero, en resumidas cuentas, tampoco era un asunto que le interesase demasiado y le dio de lado a los pocos momentos, para concentrarse a medias en la succulenta cena que había elegido y en el atractivo escote de la camarera que le servía. Al terminar, miró a la camarera y sonrió.

—Usted es nueva aquí —dijo. Era la primera vez que la veía.

—Sí, señor. Me llamo Laura.

—Laura, estoy muy solo. ¿A qué hora termina usted su turno?

La camarera sonrió picarescamente.

—Eso mismo acaba de preguntarme mi marido —contestó—. Mírelo, está sentado allí, en aquella mesa...

—Hombre afortunado —suspiró King—. No le niegue lo que él le pedirá más tarde.

—¿Negárselo? ¡Estoy deseando que me lo pida! —rió Laura. Vio los billetes sobre el plato y añadió—: Gracias, señor.

King encendió un cigarrillo. Por un momento había llegado a creer que la camarera...

Agarró su bastón y se puso en pie. Al pasar cerca de la puerta saludó al dueño del local.

—Felicite al cocinero, Antonio —dijo.

—Así lo haré, señor King.

King salió a la calle. Su casa estaba solamente a dos manzanas. No había necesidad de utilizar el coche para un recorrido de un cuarto de kilómetro escaso.

La noche era clara, transparente, con una temperatura muy agradable. King se lamentó por unos instantes de su soledad. Aquella noche le hubiera gustado tener compañía... Podía hacerlo, mediante una llamada, pero le desagradaba el amor mercenario.

De pronto, un hombre le salió al encuentro.

—Una limosna, por el amor de Dios —pidió.

King parpadeó. ¿Un mendigo, en aquella zona y a aquellas horas? Sin embargo, después de la succulenta cena que había despachado, no podía negar una limosna a un desheredado de la fortuna. Sacó un billete y se lo tendió al sujeto.

—Es poco —dijo el mendigo, a la vez que enseñaba una navaja—. Necesito todo lo que lleva encima.

King contempló la navaja con ojos críticos.

—Me gustaría saber si paga usted adecuadamente sus impuestos —dijo.

—No fallo jamás —contestó el tipo cínicamente—. Vamos, socorra a este desheredado de la fortuna. Necesito ese dinero para curar mi locura de sangre.

—Oh, para esa enfermedad yo tengo un remedio mágico.

El bastón en que se apoyaba King se movió fulgurantemente. El primer golpe fue dirigido al estómago del atracador.

Un segundo golpe hizo saltar la navaja por los aires. El tercero,

en fin, fue dirigido al cuello del granuja, inclinado hacia adelante a consecuencia del primer golpe. Un cuerpo humano quedó tendido boca abajo sobre la acera.

Con la contera del bastón, King empujó la navaja hacia el imbornal de una alcantarilla cercana. Luego continuó su camino tranquilamente.

CAPÍTULO II

Insomne, la mujer leía en la cama, reclinada sobre un montón de almohadones cuando, de pronto, creyó oír un ruidito en la planta baja.

Gloria Harrison dejó el libro a un lado y apartó las ropas. Giró un poco y, sin preocuparse de poner sus pies en las zapatillas, se levantó. Vestida únicamente con el camisón, abandonó el dormitorio.

Escuchó un momento. Sí, había alguien en la planta baja. Resuelta, Gloria regresó al dormitorio, abrió un armario y extrajo una escopeta de dos cañones. Comprobó la carga del arma y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

Aunque seguía descalza, el instinto la hizo correr de puntillas. En pocos segundos estuvo en el vestíbulo.

Sus ojos sagaces repararon en la puerta entreabierta, a través de la cual salía un tenue resplandor. Gloria estaba segura de dos cosas: haber dejado las luces apagadas y la puerta cerrada.

Avanzó paso a paso. Con la misma escopeta, sostenida firmemente con ambas manos, empujó la puerta. A seis pasos de distancia, vio a un hombre forcejeando con un destornillador en uno de los paneles de madera de la pared.

Abstraído en su labor, el hombre no se había dado cuenta aún de su presencia. Gloria inspiró profundamente.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó.

El intruso se volvió. Una mueca de rabia apareció en sus ojos.

De pronto, tiró el destornillador a un lado y sacó un revólver. Gloria Harrison fue más rápida y apretó en rápida sucesión los dos gatillos de la escopeta.

Los disparos parecieron uno solo. Alcanzado de lleno por la doble descarga, el hombre saltó hacia atrás, extendiendo los brazos como si quisiera volar. Cuando cayó al suelo, estaba muerto.

Gloria se estremeció ligeramente. En la atmósfera había un penetrante olor a pólvora quemada.

Al cabo de unos segundos, salió de su inmovilidad y se acercó al teléfono. Levantó el aparato, marcó un número y dijo:

—¿Telefonista? Por favor, póngame con la policía. Hablo desde la residencia Harrison. Alguien ha intentado asaltar la casa y me he visto obligada a disparar para defenderme...

La camarera trajo el plato de sopa y lo puso delante del comensal. King la miró con ojos de carnero degollado.

—Sigo envidiando a su esposo, señora —dijo.

—¿Mi esposo? —preguntó ella.

—Sí, Laura, su esposo.

La camarera se echó a reír.

—¡Pero yo no estoy casada! —exclamó.

—¡Cómo! —Respingó King—. Usted me dijo hace noches...

—Sin duda, se trataba de mi hermana. Ella sí está casada.

King parpadeó.

—Gemelas —adivinó.

—Hermanas. Muchos creen que, efectivamente, somos gemelas, pero la realidad es que nos llevamos un año de diferencia. Laura es mayor que yo.

—Asombroso. Y, dígame, ¿cuál es su nombre?

King se quedó con las ganas porque, en aquel momento, otro cliente llamó la atención de la camarera. Mientras ella se alejaba, King la miró complacidamente.

Una chica muy bonita, se dijo. Debía de tener unos veintitrés años, y era bastante esbelta y con un cuerpo espléndido. El uniforme consistía en una especie de blusa de labradora, con gran escote, falda corta, de vivos colores, medias de malla negra y zapatos de tacón alto. Los cabellos de la chica tenían un atractivo color de trigo maduro.

Ella volvió poco después con el segundo plato.

—Me llamo Tina Logan —sonrió.

—Danny King —se presentó él—. Tina, ¿está libre esta noche?

—Consultaré mi agenda.

King respingó. Tina se alejaba ya.

—Caramba, una agenda para concertar sus citas... Debe de tener más admiradores que un millón en billetes...

De pronto, Tina vino con un teléfono en la mano.

—Para usted, señor King —dijo. Se inclinó un poco, conectó el aparato y se alejó.

King se sentía muy sorprendido, ya que no era frecuente recibir llamadas fuera de su despacho. Pero levantó el teléfono y pronunció su nombre.

—Soy Gloria Harrison —oyó una voz femenina—. He llamado a su oficina y no estaba usted. Por eso he tenido que interrumpir su cena. Lo siento, pero se trata de algo urgente.

—Y, ¿quién le ha dicho que yo estaba en el Kronski, señorita Harrison?

—Señora, por favor —corrigió ella—. La verdad es que yo también suelo acudir a ese restaurante. Aunque es relativamente modesto, tienen una buena cocina. Le he visto a usted algunas veces y pensé que podría estar cenando ahí.

—No cabe la menor duda de que ha acertado. En cambio, yo no la recuerdo a usted, señora Harrison.

—Quizá, cuando me vea..., aunque esto es lo de menos. Señor King, le aguardo mañana, a las diez, en mi residencia de Old Canyon Road. ¿Vendrá?

King respingó. La dirección que daba Gloria acababa de traer algo a su memoria.

—Oiga, no será usted la viuda de Harrison...

—La misma.

—Y hace días, disparó contra un ladrón...

—Precisamente por eso mismo quiero verle. Por ahora, debe bastarle saber que estoy en libertad, bajo fianza personal. No falte, se lo ruego.

—Iré —aseguró King, devorado por la curiosidad. «Ya lo creo que iré», se prometió a sí mismo, tras dejar el teléfono en la horquilla.

Tina se acercó a los pocos instantes. Al inclinarse para desconectar el teléfono, sus hermosos senos presionaron pesadamente contra la blusa. Una vez erguida, miró al joven y sonrió.

—Parece que haya visto visiones —comentó jovialmente.

—He visto algo muchísimo más atractivo. Tina, ¿tiene libre la noche?

—Termino dentro de treinta minutos y entonces le permitiré una cosa.

—¿Qué, Tina? —preguntó él ansiosamente.

—Espere media hora y lo sabrá.

El tiempo era ligeramente lluvioso y Tina apareció cubierta con un impermeable transparente, debajo del cual se adivinaba un sencillo vestido de color azul claro, con vivos blancos y rojos. El aspecto de la muchacha cambiaba notablemente y no para empeorar, pensó King, vivamente complacido.

—Bien, ¿qué es lo que me va a permitir? —preguntó, una vez en la calle.

—Acompañarme hasta mi casa. Son sólo ochocientos metros...

—De pronto, Tina reparó en el bastón que servía de apoyo a King—. Oh, pero está impedido...

—Bueno, a decir verdad, hace unos días sí lo necesitaba imprescindiblemente. Pero ya tengo el pie curado, aunque el bastón siempre es un arma defensiva. Hace algunas noches, precisamente el día en que conocí a Laura, un ladrón intentó robarme, amenazándome con su navaja. El bastón me salvó del despojo.

—Siendo así, le felicito. Por cierto, ¿qué era su herida?

—Un balazo, por fortuna de refilón. Además, la bala ya no tenía apenas fuerza. Cuando el tipo me disparó, yo estaba ya a medio kilómetro. Usted no puede darse una idea de la velocidad que un hombre es capaz de desplegar cuando está con una mujer y el marido aparece inesperadamente.

Tina se echó a reír.

—Es usted un delicioso embustero —dijo.

—¡Pero si es la verdad! Lo que pasa es que entre el momento en que el marido sacó la pistola y el disparo, yo había recorrido ya ese medio kilómetro...

—No se lo creería ni aunque me lo jurase de rodillas, pero es una historia simpática. Por fortuna, la señora Harrison está libre y no hay miedo de que aparezca su esposo, como no sea en forma espectral.

King se detuvo y miró a la chica de hito en hito.

—¿Por qué ha mencionado a la señora Harrison? —preguntó.

—Bien, yo recibí la llamada... y le llevé el teléfono. A ella no la conozco. En cambio, sí conocí a su difunto esposo. Y no digo

afortunadamente difunto, porque no se debe desear la muerte de ninguna persona, pero también es preciso reconocer que no es un tipo cuya muerte pueda llorar la humanidad.

—Eso es muy cierto —convino King—. ¿Puedo preguntarle cuáles fueron sus relaciones con Harrison?

Tina lanzó un hondo suspiro.

—Toda chica que viene a Los Ángeles y Hollywood sueña con convertirse en una estrella de cine. Lo corriente es que acabe trabajando como camarera o haciendo cosas peores. Yo encontré lo que creía una oportunidad, pero me llevé una desagradable sorpresa. No soy una mojigata y comprendo muchas de las cosas que pasan en esta vida, pero hay algo que es superior a mis fuerzas. No sé si me entiende...

—La entiendo perfectamente —dijo él gravemente.

—Bien, vi un anuncio, me presenté y el propio Harrison me recibió en su despacho. Oh, allí no hay fotografías que permitan sospechar su negocio, pero me olí algo sucio cuando puso un tocadiscos en funcionamiento, con una música muy especial, y me pidió que ejecutase para él un número de *strip-tease*. Ahí se acabó mi aspiración a convertirme en una famosa estrella de cine.

—No se desnudó.

—Mire, Danny..., yo soy una chica sincera y carente de prejuicios, pero sólo hasta cierto punto. Cuando salí del despacho de Harrison, fui a buscar a mi hermana. Entonces supe qué clase de tipo era Harrison y la clase de cine que yo habría debido interpretar. Me alegré de haber rechazado la oferta.

—Y prefiere servir en las mesas.

—Ya lo ha visto, ¿no?

—Bien, puede que no sea un trabajo muy remunerativo, pero es decente y, además, el Kronski es un local donde no se producen escándalos. De todos modos, quizá yo pueda ofrecerle un empleo mejor.

Ahora fue Tina la que se detuvo para mirar a su acompañante.

—¿Qué clase de empleo? —preguntó, un tanto recelosa.

—Hace tiempo que pensaba en tomar un ayudante, no me importaba su sexo. Después de mi entrevista de mañana con la señora Harrison, le diré algo concreto, Tina. Además, si yo fuese el dueño del Kronski, la despediría de inmediato, para no perjudicar a

los clientes.

—¿Perjudicar? El dueño está muy contento...

—Sí, pero no ha pensado en la posibilidad de que un cliente beba un poco más durante la cena. Si entonces ve a las dos hermanas juntas...

Tina rió argentinamente.

—Tiene usted un humor magnífico —exclamó—. Bueno, hasta ahora no se ha dado el caso. Laura y yo tenemos turnos distintos. Ah, ya hemos llegado... —La chica tendió su mano—. Danny, le agradezco mucho su compañía.

—Ha sido un verdadero placer. Mañana almorzaré en el Kronski.

—Entonces, hasta mañana.

Tina desapareció de la vista del joven. Suspirando, King dio media vuelta y regresó por el mismo camino seguido hasta aquel momento. Sintióse tentado de dar una zapateta, pero pensó en su pie y, aunque prácticamente estaba curado, prefirió no castigar los músculos resentidos con el esguince sufrido hacía un par de semanas.

Por la mañana, a las nueve, *Ring* hizo una llamada telefónica al teniente Parral, antiguo amigo suyo.

—Me ha llamado la viuda Harrison —dijo, tras los primeros saludos.

—¡Caramba! —exclamó el oficial de policía—. La viuda sanguinaria, ¿eh?

—Bueno, según lo que he podido leer en los diarios, ella se limitó a defenderse de un ladrón que, además, iba armado.

—Eso es cierto. Encontramos el revólver en el suelo, aunque no se había disparado ningún cartucho. En realidad, no habrá jurado que la condene, suponiendo que se celebre el juicio.

—Sí, ya me dijo que está en libertad bajo fianza personal. ¿Quién la fía, Ramón?

—Ella misma. Y los millones de su marido.

—Claro. Con ésa garantía, ¿por qué escaparse? Resultaría del género idiota, teniendo en cuenta que puede pagar a un batallón de abogados.

—El suyo es Abner McCandless, de lo mejorcito de la costa oeste. Hizo así con dos dedos y el juez concedió la libertad de inmediato, antes de que ella hubiera pisado siquiera la celda de la

cárcel.

—¿Qué sabes del ladrón muerto?

—Su nombre era Rick Clanton, alias el Lagartija. Quiero decir que se deslizaba por cualquier grieta..., pero lo que me hace pensar es que no solía ir armado nunca.

—Esta vez, sin embargo, tenía un revólver.

—Sí, y aparecieron en él sus huellas dactilares. No cabe duda de que era suyo.

—Ramón, ¿no pudo la viuda Harrison poner el arma junto al cadáver, después de haber impreso en la culata las huellas digitales, mediante el procedimiento de cerrarle la mano ella misma?

—Pensé en esa posibilidad, pero tuve que desecharla. Hice que el forense examinara a fondo la piel de la mano de Clanton. No había rastros microscópicos de guantes ajenos y sí algunas hilachas de la propia ropa del muerto. Aun pensando en la posibilidad de que ella hubiese ideado lavar su mano, entonces habríamos encontrado rastros microscópicos de jabón y no hubiese aparecido ninguna hilacha de la ropa de Clanton.

—Bien, entonces es preciso aceptar la hipótesis de legítima defensa contra un asaltante de la propia casa.

—Así es, Danny. ¿Qué quiere la viuda?

—No lo sé todavía. Estoy citado con ella para las diez de la mañana.

—Si te dice algo interesante, comunícamelo.

—A menos que se trate de algo que pueda incluir en el secreto profesional —objetó King.

—Tú eres abogado, pero no ejerces. Y ella ya tiene uno bueno.

—De acuerdo, Ramón.

King colgó el teléfono y se dirigió hacia la puerta. Tres cuartos de hora más tarde, avanzaba con su coche a lo largo del sendero central de un enorme jardín, que rodeaba la lujosa mansión del que había sido rey de la pornografía.

Un atildado mayordomo le recibió en la entrada.

—Soy Danny King —se presentó el joven—. Estoy citado con la señora Harrison.

—Muy bien, señor; iré a avisarla de su presencia.

El mayordomo desapareció. King quedó en el enorme vestíbulo, contemplando con curiosidad el inusitado lujo de la residencia.

Frente a la entrada, había una monumental escalera de mármol, con balaustrada de lo mismo, que se dividía en dos ramas a cierta altura del suelo. Los dos tramos de escalera se prolongaban luego en un corredor en voladizo, al que daban las puertas de las distintas habitaciones del piso superior. En el arranque de la balaustrada había sendas lámparas de bronce, cuyos pies eran dos mujeres desnudas, cada una de las cuales, en una postura semejante a la de la estatua de la Libertad de Nueva York, sostenía una lámpara de cinco focos. Pendientes de las paredes había algunos cuadros de factura clásica, seguramente copias hechas por buenos artistas, estimó King. Todas las pinturas representaban invariablemente escenas pastoriles, algo escandalosamente contradictorio con el negocio que había hecho millonario al difunto.

Al cabo de unos segundos, apareció la dueña de la mansión.

CAPÍTULO III

King se quedó absorto al contemplar la hermosa joven que descendía hacia el vestíbulo, con la prestancia de una reina. Había esperado encontrarse con una cuarentona, gorda, sudorosa, con un dedo de pintura en la cara y cargada de joyas, y lo que tenía ante sí era algo muy distinto. Gloria Harrison vestía un sencillo traje negro, largo, suelto, con cuello cerrado, adornado con dibujos de tipo oriental. Pero el vestido tenía una característica que le quitaba su aparente sencillez: estaba abierto por completo hasta la cintura por el costado izquierdo y, a cada paso, se veía una pierna magníficamente conformada y de piel lechosa y tersa.

La mano de Gloria se tendió hacia el aturdido visitante.

—Señor King...

—Señora...

—Venga, por favor —rogó ella—. Quiero enseñarle algo, que le hará saber mejor que nada cuáles son mis propósitos. Por cierto, ¿hemos hablado de sus honorarios?

—Todavía no he decidido si voy a aceptar o no su oferta, señora.

—Creo que aceptará —sonrió ella—. Venga, por favor.

Gloria abrió una puerta, recargadamente decorada con molduras doradas, sobre fondo de color marfil. La enorme estancia que había al otro lado tenía muy poco que ver con la barroca decoración del resto de la casa.

—Aquí, en pocos días, han muerto dos hombres —dijo Gloria, mientras se acercaba a una mesa provista de botellas—. ¿Quiere beber algo?

—Es demasiado pronto —alegó King.

—Entonces, café.

—Sí, gracias.

Había también una gran cafetera termo. Gloria preparó sólo una taza y se la entregó al joven.

—Mi esposo murió allí, a cuatro pasos del ventanal —dijo—. El ladrón estaba mucho más cerca, ahí, junto a ese lienzo de pared —lo señaló con la mano—. No venía a buscar joyas ni dinero; buscaba otra cosa... y no se la llevó.

—Se quedó aquí.

—Prefiero que él sea el muerto y no yo.

—Se comprende, señora.

Lenta, sosegadamente, Gloria se acercó a una mesa, sobre la que había un gran televisor, con mecanismo de reproducción. Abrió un cajoncito y extrajo algo, que sostuvo unos instantes en alto.

—Es un cartucho de cinta de video —dijo—. Precisamente, lo que buscaba el ladrón.

—Ah, alguna grabación...

—La grabación de la muerte de mi esposo.

King sintió un escalofrío. Había visto muchas cosas en sus treinta y dos años de existencia, pero era la primera vez que iba a contemplar un asesinato real.

Gloria introdujo el cartucho en su alvéolo correspondiente y presionó una tecla. A los pocos segundos, King pudo ver en la pantalla del televisor las escenas que se habían producido el día de la muerte de Harrison.

La cámara había registrado fielmente todos los movimientos realizados por las siete personas asistentes a la fiesta. King pudo ver así a las chicas que se desnudaban alborozadamente, mientras Harrison iba de una a otra, acariciándolas y pellizcándolas lujuriosamente. Luego, las seis mujeres corrieron a la piscina.

La pantalla quedó unos instantes en blanco. A poco se vio a las chicas que regresaban y empezaban a beber champaña, sin preocuparse en absoluto de cubrir su desnudez.

—Parece una orgía romana —comentó King.

—Sí, a veces mi esposo se sentía emperador —respondió Gloria irónicamente—. Pero siga mirando, por favor.

Entonces llegó la escena del asesinato y King pudo verlo con todos los detalles, incluso cuando una de las chicas se inclinó y la sangre que brotaba de la yugular le dio en pleno rostro. Luego se produjo la desbandada.

Entonces, Gloria cortó el contacto y la pantalla se apagó.

—¿Qué me dice usted? —preguntó.

King alargó su taza vacía.

—Más café, por favor —pidió. Y mientras ella lo hacía, añadió —: Los disparos le llegaron de fuera, desde el jardín. La policía dijo que el asesino había hecho fuego desde unos setenta metros, probablemente con un fusil, que tenía mira telescópica y silenciador. Pero no encontraron el menor rastro en el lugar en que se suponía se apostó el asesino.

—Cierto. Sin embargo, no me interesa tanto el asesino como su cómplice. Estaba presente en la fiesta, señor King —dijo Gloria con toda seriedad.

King puso un terrón de azúcar en la taza y lo removió con la cucharilla.

—Ha dicho un cómplice —murmuró.

—Exactamente. Una de las chicas sabía que mi esposo iba a morir y actuó con toda astucia en el momento acordado. ¿Quiere verlo?

—Desde luego.

La escena se repitió de nuevo. Gloria conectó el mecanismo de ralentí después de que las chicas hubieron regresado de la piscina. Visto desde la cámara que había tomado las imágenes, reproducidas ahora a un ritmo mucho más lento, Harrison aparecía casi de espaldas en el momento culminante.

Una espléndida rubia, de hermosos pechos, movió la mano derecha con un extraño ademán. Parecía agitar el brazo con los movimientos del baile, pero, en realidad, lo que hizo fue apartar a la pelirroja que tenía al lado. Al mismo tiempo, ella daba un paso lateral a su izquierda. El cuerpo de Harrison quedó así completamente al descubierto, frente a la cristalera. Y, entonces, recibió el primer disparo.

—Repetiré la escena —dijo Gloria—. Quiero que no haya duda alguna en usted, señor King.

King dejó la taza vacía a un lado y concentró toda su atención en el televisor. Sí, la rubia no sonreía, al contrario que las demás chicas. Parecía tensa, incluso un poco nerviosa, pero no cabía la menor duda de que, a pesar de que el baile no seguía ningún ritmo concertado, un segundo antes de los disparos debiera haberse movido hacia la derecha y no a la izquierda. El movimiento lateral, dejando espacio libre para los proyectiles, resultaba

inequívocamente acusador.

—¿Ya? —preguntó Gloria.

—Sí. —King carraspeó—. ¿Puedo fumar?

—Por supuesto. Deme uno a mí también.

Encendieron los cigarrillos. Después de la primera bocanada de humo, King fijó la vista en la hermosa viuda.

—Bien, dígame qué quiere de mí, señora —exclamó.

Gloria le entregó un papel.

—Aquí están los nombres de las chicas que acudieron a la fiesta. Yo me hallaba ausente, como puede suponer, y mi esposo había concedido el día libre a la servidumbre. No era la primera vez que lo hacía, puede creerme.

—Lo supongo, pero ¿qué objeto tenía la cámara que registraba las imágenes? A él podía resultarle comprometedor, ¿no cree?

—Bien, éstas o parecidas imágenes le habrían resultado comprometedoras, como usted dice, si alguien las hubiera proyectado en público. Pero nadie conocía su existencia. Y su objeto era reproducir luego las imágenes y estudiar el comportamiento de las chicas, para hacerlas o no las protagonistas de sus películas. Imagínese cómo pagaría su elección la que resultase favorecida.

—Sí, me lo imagino, pero usted lo sabía...

Gloria se encogió de hombros.

—Saber una cosa no significa que se pueda evitar —contestó—. Y si yo hubiera protestado, lo más seguro es que mi esposo me hubiera echado de casa. En el mejor de los casos, se habría ido a celebrar sus orgías a otra parte. Créame, no podía evitarlo.

—Señora, ¿por qué no enseñó esta cinta a la policía?

—No lo juzgué relevante, hasta que, al volverla a pasar por segunda vez, encontré extraño el comportamiento de Tracy Rowell. Vi la escena una vez más y entonces fue cuando adquirí el convencimiento de que Tracy sabía que mi esposo iba a morir.

—Comprendo.

—En la lista que le he dado, hay dos nombres que ya no importan. Son los de las chicas que se mataron aquel mismo día.

—Las otras tres no tienen nada que ver con el caso.

—Puede resultarle útil conocer sus identidades. Pero yo quiero que se entreviste con Tracy Rowell y le arranque el nombre de la persona que pagó a un asesino profesional por matar a mi esposo.

—¿No será pedir demasiado, señora? —dijo King, escéptico.

—Lo sabremos cuando se haya entrevistado con esa prostituta.

—Muy bien. ¿Y después?

—Después, seguirá investigando hasta que el caso quede totalmente resuelto.

—Señora, me parece que pide algo parecido a un imposible... La policía tiene mejores medios que yo...

Gloria sonrió burlonamente.

—Usted puede hacer cosas que le están vedadas a un policía —respondió.

King se puso rígido.

—Si piensa que soy un matón, que ha de resolver sus asuntos con malos modos, a golpes, a puñetazos...

—Por favor —rogó ella, a la vez que ponía una mano sobre el brazo de King—. No tome mis palabras en mal sentido. Únicamente deseo que alguien investigue discretamente, sin ruidos innecesarios. Pensé que usted era la persona adecuada y por eso lo llamé.

—Está bien, pero cuente con la posibilidad de un fracaso.

—No tengo ninguna prisa. Puede emplear todo el tiempo que estime necesario, señor King. Pero llegue al fondo del asunto.

—De acuerdo. Ahora bien, dígame, en su opinión, ¿cuáles fueron las causas del asesinato?

Gloria sonrió de una forma extraña.

—¿No se lo imagina? El negocio de mi marido mueve millones. Será un negocio asqueroso, si usted lo quiere, pero, como dijo aquél, el dinero no tiene olor.

—Por supuesto. ¿Piensa continuar con el negocio, señora?

—Hay un gerente general, en el cual confío plenamente. Le daré su nombre, si quiere visitarle. Él le dará datos técnicos y financieros, que tal vez le resulten interesantes. Hablaré con él para que no le oculte nada.

—Muy bien. Le avisaré apenas sepa algo...

—Un momento, por favor. Se olvida usted de una cosa.

King parpadeó. Gloria fue hacia una consola, abrió uno de los cajones y extrajo un rectángulo de papel, que entregó a su visitante. King no pudo contener un leve respingo al leer la cifra escrita en el cheque.

—Yo no cobro tanto...

—No quiero que escatime gastos. Lo único que me interesa es que aclare el asunto —dijo Gloria.

—Haré lo que pueda —contestó él evasivamente. Y ya se disponía a marcharse cuando, de pronto, dijo—: Deseo hacerle una pregunta y no me gustaría que se molestase, señora Harrison.

—Hágala —accedió Gloria.

—Todos sabemos la clase de filmes que producía su difunto esposo. En alguna ocasión, ¿fue usted estrella en una de esas películas?

—No, nunca —repuso ella rotundamente.

King abandonó la sala. Al llegar al vestíbulo, lanzó una mirada circular.

—Un magnífico marco para un crimen —murmuró.

Pero habían sido dos los hombres muertos. Uno de ellos, por causas ignoradas. El otro, por buscar algo que podía resultar comprometedor para una persona.

Y aún había algo que le preocupaba más todavía. ¿Por qué quería Gloria Harrison hurgar en un sucio asunto, cuando, habiendo muerto su esposo, todo lo que tenía que hacer era dedicarse a gastar los millones que el difunto había conseguido?

¿Por qué le daba nada menos que cinco mil dólares de anticipo por su trabajo?

Sólo había una cosa segura: cierta clase de negocios rendían enormes beneficios porque explotaban los más bajos instintos humanos. Y por dinero, había hombres y mujeres capaces de intervenir en las escenas más abyectas.

Pero él no era un moralista ni abrigaba intenciones de reformar al mundo. Tenía una profesión y su obligación era hacer las cosas lo mejor que supiera y pudiera.

Abrió la portezuela del coche, se sentó tras el volante y dio el contacto. Minutos después, estaba de nuevo en la autopista, de vuelta a Los Ángeles.

King decidió entrevistarse cuanto antes con la sospechosa. Su nombre era Tracy Rowell, una hermosa mujer, todo había que decirlo, y residía en la Séptima Avenida, en un bloque de apartamentos que ofrecía un estupendo aspecto a primera vista. El edificio estaba rodeado por una gran explanada, con césped, flores y palmeras y hasta un par de surtidores. Eran apartamentos para

personas con altos ingresos.

Entró en el vestíbulo. En el indicador halló el nombre de Tracy Rowell. Vivía en la segunda planta, apartamento L 2.

La puerta estaba simplemente entornada. King se dijo que Tracy era muy descuidada. En Los Ángeles había más delincuentes de los que cuentan los telefilmes y no todos los policías eran tan eficientes como Bumper Morgan.

Tracy le recibió desnuda, pero no dijo nada. No podía hablar, porque tenía una soga al cuello.

CAPÍTULO IV

—La tomo como ayudante. Ciento veinte semanales o quinientos mensuales. ¿Hace?

Tina lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Ha encontrado algún tesoro? —preguntó.

King sonrió de mala gana.

—Necesito alguien que me ayude en un caso que, ahora que lo pienso, no debí haber aceptado nunca —dijo—. Pero no me gusta volverme atrás de la palabra dada. La señora Harrison me ha contratado para que descubra al asesino de su marido. Mejor dicho, al hombre que pagó al asesino.

—Supongamos que lo encuentra. ¿Qué hará después?

—Oh, es bien sencillo. Decírselo a ella y a la policía. Y va se arreglarán.

Estaban en una cafetería, donde habían acordado encontrarse al día siguiente, tras el asesinato de Tracy Rowell. King ingirió su último bocado del *hot-dog* con mostaza que había pedido y liquidó el resto de su jarra de cerveza.

—De acuerdo, acepto el empleo —dijo Tina—. ¿Qué debo hacer?

King le había relatado con todo detalle lo que viera el día anterior en casa de Gloria Harrison. Sacó un papel del bolsillo y se lo entregó.

—Fueron seis chicas y ya han muerto tres. Quizá a usted, como mujer, le digan cosas que a mí no me dirían. Simule ser periodista o diga lo que le venga en mano, pero procure sonsacar a la que se menciona en este papel. Sobre todo, concéntrese en conseguir que recuerde la actitud de Tracy antes de que se cometiera el asesinato, es decir, desde que llegaron a la residencia, hasta que la abandonaron.

—Ya entiendo. ¿Y si no quiere hablar?

—Usted es del mismo sexo. Una mujer, cuando conversa con otra, siempre capta matices que al hombre le pueden pasar desapercibidos.

Tina se echó a reír.

—¿Me considera una experta en psicología femenina?

—Es lista y, además, inteligente, porque supo huir pronto de cierta morbosa fascinación.

—¿Cuál, por favor, que ni yo misma lo sé?

—El cine. Usted supo desengañarse bien pronto y tomárselo con filosofía. Hay chicas capaces de todo por llegar al estrellato. Usted no quiso cubrir esa desagradable etapa.

—Creo que me sobrevalora, pero haré todo lo que esté en mi mano. ¿Cuándo nos veremos?

King consultó su reloj de pulsera.

—Nos veremos en el Kronski a la hora de la cena. La invitaré, para celebrar su primer día de trabajo conmigo. Su hermana se alegrará, espero.

—Creo que sí.

King dejó unas monedas sobre el mostrador y salió a la calle, junto con la chica. Allí se separaron y él fue directamente en busca de Susan Hill, una de las tres jóvenes supervivientes de la fiesta.

Cuando se abrió la puerta, King vio a una joven alta y delgada, de pelo intensamente negro y cuerpo muy bien formado. Susan Hill vestía una bata de casa y tenía en la mano izquierda una boquilla de dos palmos de largo. Deliberadamente, adelantó la pierna izquierda, para hacerla asomar por la abertura de la bata y que el visitante pudiera contemplar el negro de la media y la blancura del muslo.

—Estoy libre —dijo—. La tarifa son cincuenta dólares por hora. «Especialidades» aparte, claro.

Impasible, King sacó cinco billetes de diez dólares y los puso en la mano de Susan. Ella los dejó en la gaveta de una consola situada junto a la entrada y se volvió en redondo.

—Venga —dijo.

King la siguió. Susan llegó a un dormitorio y empezó a desnudarse con toda rapidez. Luego se tendió en la cama.

—Vamos, quítate la ropa. Ya sólo te quedan cincuenta y nueve minutos —sonrió.

King sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios.

—Eres el mejor remedio contra la lujuria que he conocido en los días de mi vida —manifestó—. Hacer el amor contigo debe de ser lo mismo que comer un pollo asado en píldoras.

—Algunos no piensan lo mismo que tú.

—Serán los que no piensan —criticó King—. ¿Es tu profesión?

—Adivínalo —respondió Susan, cínicamente.

—Pero también te dedicas al cine «porno».

—A veces, no siempre. Pero, claro, ese día, es decir, cuando hay rodaje, me gano unos cientos.

—Y, a veces, asistes a fiestas como la que dio Harrison.

—Harrison tenía en proyecto una película muy espectacular y nos llamó para explicarnos sus planes.

—¿Lo hizo?

—Bueno, dijo que no había prisa, que tomásemos unas copas mientras tanto... y luego pasó lo que pasó. —Susan se sentó de pronto en la cama—. Oye, ¿qué diablos eres tú? ¿Un polizante?

—Investigador privado.

Susan lanzó una maldición y saltó de la cama. King la agarró por un brazo y la arrojó de nuevo al lecho que acababa de abandonar.

—He pagado por una hora de tu tiempo y tendrás que soportarme —dijo fríamente.

Apoyada en ambas manos, con las piernas estiradas, Susan le miró inquisitivamente.

—Si quieres informes, no podré decirte mucho más que lo que dije a la policía. Cuando vimos que Harrison estaba muerto, nos entró un pánico terrible y escapamos de allí a la desbandada.

—¿Sabías si Harrison tenía enemigos?

—Supongo, pero yo no pertenecía a su círculo íntimo. Aunque tomé parte en algunas de las películas que producía, era la primera vez que me llamaba a su casa. Y fui con cinco más.

—Entre ellas, Tracy Rowell.

La cara de Susan se oscureció.

—La han asesinado —murmuró.

—¿Tienes alguna idea al respecto?

—No. Quizá un sádico... —Susan torció la boca—. En esta profesión, a veces se tropieza uno con cada tipo...

—¿Ella también hacía lo mismo que tú?

—En su tiempo libre, claro, pero su tarifa era más alta. Cien «pavos». No obstante, me dijo que iba a dejarlo pronto. Parece ser que Harrison pensaba convertirla en una estrella, de cine «porno», claro.

—Sus planes no se han podido realizar —murmuró King—. Susan, ¿viste algo extraño en Tracy durante la fiesta y antes del asesinato?

Ella trató de concentrarse.

—Me pareció un poco nerviosa, aunque puede ser que por el hecho de intentar resultar agradable a los ojos de Harrison y conseguir así el contrato que deseaba —respondió—. Pero otra cosa no se me ocurre...

—¿Cómo llegaste a la residencia de Harrison? ¿En tu coche?

—Oh, no, yo no tengo coche. Fui con Tracy, en el suyo. Ella sí tenía uno muy bueno, deportivo, descapotable...

—¿Vino a buscarte aquí?

—No, habíamos acordado en reunirnos en la puerta del Golden Palms. Está en South Road, esquina a La Brea. Tomé un taxi y al llegar allí, vi ya a Tracy que salía del bar, acompañada por un tipo a quien supuse conocido.

—Ah, un hombre... ¿Te fijaste en él?

—No demasiado, aunque sí me chocó un detalle: era más bajo que ella, pero muy ancho de hombros... Una especie de gorila, vamos.

King juzgó interesante la información.

—¿Parecían muy amigos? —preguntó.

Susan hizo un gesto ambiguo.

—Esas cosas son difíciles de apreciar. Lo que sí recuerdo es que vi a Susan un tanto aprensiva y que el gorila le dio una palmadita en los hombros, como si quisiera tranquilizarla. Luego se separaron...

—Y no le preguntaste qué pasaba.

—Por supuesto que sí, pero me contestó con evasivas. Luego pareció tranquilizarse... En fin, eso es todo, ya no sé qué más decirte.

King miró la hora en su reloj de pulsera.

—Han transcurrido dieciséis minutos —dijo—. Te regalo cuarenta y cuatro.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Susan saltó de la cama.

—¡Espera, hombre! —gritó—. Si quieres, puedes quedarle toda la tarde conmigo... y no será como si comieses un pollo asado en píldoras.

Le guiñó un ojo.

—Todavía no sabes de qué soy capaz —añadió.

—Prefiero continuar en la ignorancia —contestó él secamente.

Susan abrió la boca, estupefacta. Antes de que pudiera decir algo, el visitante había salido ya de su apartamento.

King detuvo su coche a poca distancia del Golden Palms y luego caminó sin prisas hasta el local. Entró y se acomodó en un taburete.

—¿Señor? —dijo el mozo.

—Café, por favor.

—Sí, señor.

King dejó pasar algunos minutos. Había media docena de clientes y quería que el mostrador se desahogara un poco. Al final, sólo quedaron en el extremo opuesto un hombre y una mujer, que cuchicheaban nerviosamente. Con el rabillo del ojo vio que había un intercambio de algo entre la pareja. Ella tenía la cara tan blanca como la nieve y los ojos muy hundidos. «Drogadicta», adivinó en el acto. El otro sería un vendedor...

Pero no era asunto suyo luchar contra el vicio. Ya había en la policía una brigada especial antidroga. Sacó un billete de diez dólares y lo extendió con ambas manos, para que el barman pudiera verlo bien.

—Diga, señor —solicitó el mozo obsequiosamente.

—Busco a un tipo que mide, más o menos, metro sesenta, muy fuerte y ancho de hombros. ¿Lo conoce?

El barman sonrió, a la vez que se apoderaba del billete.

—Jack Clute —dijo—. Vive en los Apartamentos Fenner, pero no sé dónde está ese edificio. Se lo escuché una vez que hablaba con un amigo...

—Acabas de ganarte tú un amigo —se despidió King.

En el rincón interior del bar había un teléfono, con su guía correspondiente. Minutos más tarde, King estaba enterado de la ubicación de los Apartamentos Fenner.

Salió a la calle. Entonces vio a un sujeto que se alejaba de su

coche.

En el primer momento, pensó que se trataba de un policía que le imponía una multa por estacionamiento indebido. Pero era debido al traje azul que vestía, advirtió bien pronto.

Frunció el ceño. El sujeto no había intentado robarle el coche. Pero ¿Qué hacía con el vehículo?

Una horrible sospecha penetró en su cerebro con la potencia de una bala al rojo vivo. Procurando calmar sus nervios, se acercó al automóvil y se sentó tras el volante.

Miró a derecha e izquierda. El tipo vestido de azul se había sentado en otro coche, a unos setenta metros de distancia, más adelante y en la acera opuesta. De pronto, King tiró de la palanca que permitía la apertura de la tapa del motor.

Luego se apeó. Levantó la tapa y sonrió. Sí, allí estaban los dos cartuchos de dinamita, conectados con el arranque eléctrico. Soltó los cables y volvió con el explosivo a su sitio.

Reflexionó unos instantes. Al fin creyó haber hallado la solución. Sin abandonar su puesto, se quitó el cordón del zapato izquierdo. Con la ayuda de una navajita lo partió en dos trozos, introduciendo una de las mitades en un cartucho, para lo cual tuvo que hacer presión con el metal del remate. Así quedó una especie de mecha, a la cual prendió fuego de inmediato.

Esperó unos segundos hasta comprobar que el fuego no se apagaba. A continuación, arrancó y, lentamente, rodó hasta situarse al nivel del coche sospechoso. Entonces, con la mano izquierda lanzó los cartuchos al regazo del hombre de azul.

Acceleró. En el mismo instante, oyó un chillido de pánico. El sujeto abandonó su coche y escapó a la carrera. Lleno de pavor no se dio cuenta de que saltaba a la calzada. Un coche que llegaba en aquellos momentos lo golpeó en el costado izquierdo y lo hizo dar un par de vueltas en el aire. Se oyeron algunos chillidos. El hombre de azul quedó tendido de bruces en el suelo, quejándose sordamente.

King dio la vuelta a la siguiente manzana, a fin de volver al lugar donde se había producido el accidente. Detúvose a unos cincuenta metros del Golden Palms y se apeó, contemplando durante unos momentos la aglomeración de gente que había en torno al atropello.

Se oyó la sirena de un coche policial. Tranquilamente, King pasó a la otra acera y se acercó al coche del forajido. No tardó un minuto en enterarse del nombre y dirección de su propietario. Finalmente, dio media vuelta y abandonó el lugar.

Era hora de entrevistarse con Jack Clute.

CAPÍTULO V

Alguien le estudió a través de la mirilla de la puerta, unos segundos después de haber llamado. Finalmente, el ocupante del apartamento le abrió y miró al visitante con gesto hosco.

—¿Qué quiere? —preguntó desabridamente.

—Usted es Clute —dijo el joven.

—Sí, desde que nací, pero no compro aspiradoras ni cepillos de dientes.

—No he venido a vender utensilios domésticos, sino a comprar. Información.

Hubo un instante de silencio.

Clute miraba fijamente al joven.

—¿Quién es usted? —preguntó al cabo.

—King. Investigador.

—Pase —dijo Clute, a la vez que se echaba a un lado—. ¿En qué puedo servirle?

King se sintió inmediatamente receloso. No le gustaba el súbito cambio de actitud de Clute.

También él debía cambiar, pensó.

—Soy investigador social. Hago encuestas sobre la gente, su profesión, sus gustos, sus aficiones... pero, por desgracia, no suelen recibirme con tanta amabilidad. Por eso no traigo el maletín donde guardo mis libretas de notas y el magnetófono. ¿Me permite que vaya a buscarlo al coche?

—Claro. Le espero, señor...

—King.

—Sí, señor King.

El joven se dirigió hacia la puerta. En el momento de cerrarla, puso una tarjeta de visita ante el hueco donde debía encajar el pestillo. Desde la entrada dirigió una sonrisa a Clute.

—Volveré antes de dos minutos —prometió.

Cerró, pero se quedó en el corredor y dejó pasar sesenta segundos. Entonces volvió a abrir muy despacio.

Como había supuesto, Clute hablaba con alguien por teléfono.

—No, no sé quién es ese tal King... pero no me huele nada bien... ¿Cómo, ha enviado a uno a que lo quite de en medio? Pues no ha sabido hacer su trabajo... Está bien, si Ruyter no lo consigue, lo haré yo... Y no soy de los que fallan, ya lo sabes.

Clute colgó el teléfono y King volvió a cerrar la puerta. Dejó pasar cinco minutos más y llamó.

Clute le abrió, sonriendo amablemente.

—Entre —invitó.

—Temo que no haremos nada —dijo King tristemente—. Soy un tipo descuidado y no cerré coche. Alguien vio el maletín y se lo llevó. Realmente, no tenía nada de valor, excepto el magnetófono...

—Oh, cuánto lo siento. Me hubiera gustado cooperar con usted, señor King —dijo Clute con rostro hipócrita.

—Yo también lo lamento infinito —de pronto, King reparó en algo que no estaba antes en la sala. Era un paño blanco, echado aparentemente sin cuidado sobre un diván.

De un salto, se acercó al diván y tiró del trapo. Casi en el mismo instante, oyó un rugido de ira.

Giró en redondo. Clute caía sobre él, vomitando obscenas maldiciones. King paró el primer golpe y luego contraatacó con un directo de izquierda al estómago, seguido de un seco derechazo al mentón.

Clute cayó al suelo como un fardo. Chupándose los nudillos pensativamente, King se acercó al teléfono.

—Ramón —dijo treinta segundos más tarde—, ven a toda velocidad a los Apartamentos Fenner, número 10 F. Creo que he pescado al asesino de Harrison.

El oficial de policía lanzó una ahogada exclamación.

—Iré en seguida —prometió—. Mientras tanto, te envío a los agentes de patrulla que estén más próximos.

—De acuerdo.

Complacidamente, King contempló el rifle que yacía sobre el diván. Sí, parecía ser el arma utilizada por el asesino. Vio también un silenciador y una mira telescópica y no le cupo la menor duda de que había conseguido un disparo en la diana.

—No he conseguido nada. Cathy Seaman está completamente ignorante de cualquier conspiración contra Harrison —declaró Tina cuando se reunió por la noche con King.

Cathy Seaman era una de las tres chicas supervivientes de la fiesta. Tina añadió:

—Pero se siente muy aprensiva. En un espacio muy corto de tiempo han desaparecido cuatro personas: Harrison, Tracy Rowell y las dos chicas que se mataron en la autopista. Cathy me ha dicho que tal vez Brooksie Spade sepa algo.

Brooksie era la tercera muchacha. King asintió.

—Yo he estado con Susan Hill y dio una buena información. Tan buena, que la policía ha podido detener al asesino de Harrison.

Tina dio un salto en el asiento.

—¿Es cierto?

—Absolutamente verídico —confirmó el joven. Y, acto seguido, procedió a relatar todo lo que había hecho.

—Pasmoso —calificó Tina cuando él hubo terminado de hablar—. De todos modos, le recomiendo que vaya a ver a Brooksie.

—Hoy es un poco tarde y estoy algo cansado. Además, antes de visitar a Brooksie, quiero entrevistarme con un tipo llamado Duck Croyd.

—¿Quién es Croyd?

—El dueño del coche que conducía un tipo que me puso dos cartuchos de dinamita en el mío.

Tina se espantó.

—Está bromeando —dijo. Pero sabía que King no mentía—. ¿Cómo logró escapar a esa trampa, Danny?

—Pues... vi a un tipo merodeando junto a mi automóvil y luego le vi que se quedaba en su coche, a cierta distancia. Entonces se me ocurrió la idea de una posible trampa... y acerté.

—Horrible —dijo ella—. Está vivo de milagro, Danny. ¿No se siente preocupado?

—Mucho. Pero me preocupa más que haya alguien interesado en que este asunto no se aclare.

—¿Tiene alguna idea de quién pueda ser?

—Ninguna, si le he de ser sincero. Por eso quiero hablar con Croyd.

—¿Mañana?

—Sí. Pero ahora —King sonrió—, será mejor que nos concentremos en este asado de pollo que, ciertamente, no viene en comprimidos.

Tina se echó a reír.

—¿Es que se fabrican comprimidos de pollo asado?

King recordó durante un instante a Susan Hill.

—Es una broma —contestó.

La hermana de Tina, Laura, vino más tarde con la nota.

—Saludo al jefe —dijo jovialmente.

—Su hermana es un buen ayudante, señora...

—Dodge, pero no tengo nada que ver con los coches de esa marca.

—Por desgracia —suspiró Tina.

Las dos jóvenes se echaron a reír. King abonó la nota y Tina dijo:

—Yo me quedo. Acompañaré a Laura hasta su casa, Danny.

—Muy bien.

Había sido una velada agradable, pensó, mientras se encaminaba a su casa. Por precaución, cerró con doble vuelta de llave, pero, además, apoyó una silla contra el pomo.

Pasada la media noche, oyó un ligero ruidito. Incorporándose sobre un codo, escuchó con toda atención. Alguien manipulaba en la cerradura.

Poco después, percibió los esfuerzos que hacía el sujeto para abrir. Había conseguido salvar la cerradura, seguramente con una ganzúa, pero no había contado con el obstáculo que suponía la silla. Al cabo de unos momentos, desistió y dejó de forcejear.

Entonces, King se levantó y corrió hacia la cocina. Luego volvió a la sala, con una jarra llena de agua en las manos. Abrió la ventana, situada a cuatro pisos de distancia del suelo y esperó unos segundos.

Un hombre salía de la casa poco después. El contenido de la jarra fue a parar íntegramente a su cuerpo. Riendo, King oyó una desaforada maldición.

El hombre se volvió y blandió el puño hacia arriba. King le tiró la jarra vacía. El sujeto apenas si tuvo tiempo de esquivar el proyectil, que se rompió contra la acera estrepitosamente. Saltó a un lado y echó a correr hacia un automóvil que tenía parado a poca distancia.

King se volvió. Sobre la mesa tenía un cenicero, que voló un par de segundos más tarde, como un disco olímpico. Cuando el coche arrancaba, el proyectil alcanzó la luneta, posterior, convirtiéndola en menudos fragmentos. El conductor huyó como si le persiguieran cien legiones de diablos.

King volvió a la cama, aunque le costó mucho conciliar el sueño. Al fin, consiguió dormirse.

El teléfono le despertó por la mañana. Bostezando aparatosamente, abandonó el lecho y se encaminó hacia la sala. Levantó el aparato y dijo:

—King.

—Buenos días, señor King —sonó una voz meliflua—. Soy Amos Kerstow, gerente general de la Amour Films. Me interesaría tener una entrevista con usted, si no ha contraído antes otros compromisos.

—Ah, Amour Films... La compañía de Harrison.

—Justamente, señor King. ¿A qué hora tendré el honor de verle en mi despacho?

—Pues... mi agenda está muy recargada, aunque haré todo lo posibles por verle en el día de hoy.

—Salvo los fines de semana, claro, suelo quedarme hasta muy tarde. La empresa es muy importante y necesita de toda mi atención.

—Ya. Bien, señor Kerstow, haré lo que pueda.

—Mil gracias, señor King.

El teléfono volvió a su sitio. King permaneció en pie unos momentos, reflexionando sobre la llamada que acababa de recibir. A juzgar por su voz y forma de hablar, Kerstow era un tipo relamido y dengoso... lo que no le impedía dirigir una productora de filmes y revistas pornográficas. Pero era una visita conveniente, se dijo, aunque primero tenía que hacer otras cosas, aparte de que quería dar a Kerstow la sensación de que era hombre con muchos compromisos. Podía resultar una actitud útil.

Cuando se disponía a salir, llegó Tina.

—¿Qué debo hacer hoy? —preguntó la chica.

King le señaló su pequeño gabinete de trabajo.

—Ocupese de la correspondencia —sonrió—. Si encuentra alguna solicitud de investigación, rechácela y firme en mi nombre.

—¿Qué me dice de las facturas?

—En el cajón de la derecha encontrará un talonario con media docena de cheques firmados.

—¿Llamadas?

—Estoy ocupado y no acepto más compromisos.

Tina se llevó una mano a la sien.

—A sus órdenes —dijo.

—Gánese el sueldo, Tina.

—Y usted, tenga cuidado.

—Acepto el consejo, preciosa. Muchas gracias.

El mecánico se limpió las manos con una bola de borra y señaló con la cabeza un coche en el que trabajaban un par de operarios.

—Sí, ése es —dijo—. Lo han traído hoy, a primera hora de la mañana. El dueño dijo que un salvaje le había tirado una piedra. Suele suceder, porque la policía no encierra a esos bárbaros...

King puso en la mano del hombre un billete.

—Me interesa conocer el nombre y la dirección del dueño de ese coche —manifestó, a la vez que emitía un suspiro mental de alivio. La mañana había sido dura, buscando en todos los talleres de reparaciones de Los Ángeles un coche con la luneta trasera rota.

Momentos después, tenía el dato deseado. No Le extrañó saber que el automóvil pertenecía a Duck Croyd.

Antes de visitar al sujeto, debía entrevistarse con Brooksie Spade. Tina le había dicho que quizá la chica sabía algo. Podía resultar útil.

Media hora más tarde, se hallaba en presencia de Brooksie Spade. La joven le miró recelosamente.

—Ya he dicho a la policía...

—¿Todo? —dudó King.

Brooksie se mordió los labios. Era una muchacha de agradable presencia, aunque de aspecto más bien corriente. King no comprendía cómo podía haber llegado a desempeñar ciertos papeles. Claro que, bien mirado, el dinero vencía todas las resistencias. Pero Brooksie tenía más aspecto de dependienta de unos grandes almacenes que de artista de cine, pornográfico o no.

—Bueno —remoloneó la chica—, lo cierto es que yo no tenía muchas ganas de asistir a la fiesta, pero Tracy insistió tanto, que no tuve otro remedio que acudir. La verdad, no me gusta permanecer

de pie ocho horas tras un mostrador o sentada ante una máquina de escribir, en una oficina...

Le miró retadora.

—Sí, he hecho cine «porno». ¿Y qué? No soy a única, me parece.

—No la acusaré yo —dijo King gravemente—. Hay cosas para las que el único juez es la propia conciencia. Pero ahora me interesa saber todos los detalles posibles sobre la muerte de Harrison.

—Fue horrible... Yo le vi arrodillarse y me incliné sobre él... Entonces me saltó un chorro de sangre a la cara... Vomité...

—Lo sé.

—¿Quién se lo ha dicho? —se sorprendió Brooksie.

—No se preocupe. Ha dicho que no quería asistir a la fiesta.

—No, pero Tracy logró persuadirme. Dijo que iba a ocurrir algo interesante... Lo que nunca pude imaginarme es que el suceso interesante fuese el asesinato de Harrison.

King asintió. Sí, Tracy sabía lo que iba a pasar. De ahí su empeño en conseguir el mayor número de testigos. De haber ido ella sola, la policía podía haberla relacionado con el asesinato, pero habiendo cinco chicas más, su actuación pasaría inadvertida... cosa que habría logrado, de no ser haber sido por la cámara oculta. Tracy había sido cómplice de un asesinato y lo había pagado con su vida.

—Muchas gracias, señorita Spade. Voy a darle un consejo, si me lo permite...

—Por supuesto.

—No repita a nadie lo que acaba de contarme. Piense en Tracy. Brooksie sonrió amargamente.

—Tengo hechas las maletas, señor King. Hoy mismo abandono esta ciudad —contestó.

CAPÍTULO VI

Al oír el timbre de la puerta, Tina alzó la cabeza, suspendió el tecleo de la máquina. Tras unos segundos de indecisión, se decidió a abrir.

Un hombre, con uniforme de una agencia de mensajerías, le entregó un paquete.

—Para el señor King —dijo—. Tenga la bondad de firmar...

Tina firmó. Dio medio dólar al hombre y tomó el paquete, que parecía una caja de cigarros. Cerró la puerta y volvió al despacho.

La caja quedó sobre la mesa. Tina continuó su trabajo hasta terminarlo. Entonces, se dispuso a salir, para echar unas cartas al correo. Su vista recayó sobre la caja. ¿Por qué no abrirla?, se preguntó.

King la había encomendado despachar su correspondencia. Buscó un cortaplumas y rasgó los precintos, para quitar el papel de la envoltura. Entonces fue cuando vio la caja de cartón.

—Esto no tiene cigarros precisamente —murmuró.

Levantó la tapa. El instinto le hizo dar un salto hacia atrás, pero fue todo lo que pudo hacer. Inmediatamente quedó como paralizada, convertida en una estatua. Ni siquiera respiraba, los ojos morbosamente fijos en el enorme escorpión que empezaba a abandonar el encierro en que había permanecido hasta entonces.

Tina no se atrevía a moverse. Si lo hacía, pensó aterrada, el arácnido se lanzaría en su persecución. Aquel día, por si fuera poco, se había puesto una falda más bien corta, con lo que la eventual protección de unos pantalones quedaba descartada.

El escorpión salió de la caja, correteó un poco por encima de los papeles y luego se quedó inmóvil junto a una de las esquinas, alzando la cola amenazadoramente. Era evidente, sin embargo, que se sentía desconcertado al hallarse fuera de su ambiente. Invasión por una mortal agonía, Tina se preguntó cuándo lanzaría el

arácnido su mortífero ataque.

De pronto, se abrió la puerta del despacho.

—Hola, Tina...

King se interrumpió en el acto al ver la singular situación en que se hallaba la chica, cuyo rostro aparecía desprovisto totalmente de color. Ella no podía hablar; el único gesto de que se sentía capaz fue el de levantar un poco el brazo, señalando con la mano el escorpión.

Se oyó una exclamación de asombro. King contempló estupefacto el enorme artrópodo. ¿De dónde había salido?

Pero era urgente hacer algo, ya que saltaba a la vista que Tina se sentía incapaz de reaccionar. Paso a paso, se acercó a la mesa y agarró una regla con la mano derecha.

Cuando alzaba la regla, se dio cuenta de que había un cajón abierto en el lado en que se encontraba el escorpión. Dio un par de pasos, rodeando parcialmente la mesa y entonces, rápida, pero no fuertemente, empujó a la bestezuela con la regla.

El escorpión cayó. Rápido como el pensamiento, King cerró el cajón.

—Salvada —dijo.

Tina dejó escapar el aire largamente contenido en los pulmones. De pronto, sintió que le flaqueaban las piernas. King se apresuró a pasarle un brazo por la cintura.

—Salgamos de aquí —dijo.

En la sala, buscó licor y llenó una copa, que puso en manos de la muchacha. Después de un par de sorbos. Tina empezó a recobrar el color.

—Ha... ha aparecido usted como caído del cielo...

King se quitó la chaqueta. Entonces, ella vio una mancha de sangre en la pechera de su camisa y lanzó un grito.

—¡Está herido!

El joven sonrió.

—Ahora debo bendecir la torpeza del tipo que no sabía comer —dijo—. Esta mancha es salsa de tórname; por eso tuve que volver, para cambiarme de camisa. Estábamos almorzando en un *snack*-bar, en el mostrador, y al sujeto le resbaló el cuchillo con el que pretendía partir un filete, demasiado duro al parecer. Me gustaría encontrarle, para pedirle perdón por los improperios que le dirigí...

Oiga, ¿de dónde sacó el escorpión?

—Se lo enviaban a usted —contestó ella débilmente.

King torció el gesto.

—¡Caramba! Parece que hay gente decidida a quitarme de en medio a toda costa —comentó.

—Un hombre trajo un paquete para usted... Daba la sensación de que se trataba de una caja de cigarros y lo abrí... Si era lo que pensaba, usted tendría una sorpresa al volver... Pero cuando vi aquel horrible ser que salía de la caja... Oh, no podía hacer nada; era como si se hubiese apoderado de mi voluntad...

—Bueno, bueno, ya se ha pasado todo, ya no hay motivos para que sienta temor. Espere aquí un momento.

King desapareció de la vista. Transcurrió un cuarto de hora. Al fin regresó a la sala.

—Liquidado —dijo, satisfecho.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Bien, tengo pinzas para el hielo... Además, me puse guantes, por si acaso. El resto fue ya sencillo. En la cocina hay triturador de basuras.

—Comprendo —dijo Tina—. Oiga, alguna vez yo he visto películas, en donde el protagonista se enfrenta con un escorpión y entonces me decía que lo más fácil sería aplastarlo de un taconazo... pero la realidad ha sido muy distinta. Créame, estaba absolutamente imposibilitada de mover una sola pestaña.

—La creo —contestó él—. Pero va se ha pasado todo; ahora debe procurar olvidarlo todo. Si no se siente bien, váyase a su casa. Puede dar por terminada la jornada.

—Ya estoy mejor —manifestó la chica—. Me gustaría ayudarle...

—Lo malo es que, por el momento, no hay nada más que hacer. —King consultó la hora—. Estoy citado con el gerente general de Amour Films. No sé qué diablos querrá, pero tengo que cambiarme de camisa.

—¿Quiere que le acompañe?

—No, gracias. —King la miró sonriente—. Lo mejor es que intente descansar.

—Será difícil, se lo aseguro. Ese escorpión me ha estropeado el día.

—¿A quién no? —rió él. Asió el brazo de la joven y la condujo

suavemente hacia la puerta—. No es necesario que madrugue mañana para trabajar —añadió, como despedida.

Nada indicaba, ni en el despacho, ni en las antecámaras, que aquellas oficinas sirviesen para dirigir la más poderosa productora de cine y revistas pornográficas. Había, ciertamente, retratos de artistas, incluso algunas de cuerpo entero, pero todas ellas pudorosamente vestidas, insinuando a lo sumo, en algún caso, una parte mínima de sus encantos físicos. La apariencia de las oficinas centrales de la Amour Films no podía ser más inocua.

El despacho de Kerstow era grande, elegantemente decorado en un estilo muy moderno, aunque nada chillón. Las paredes eran de tono marfil y el suelo estaba cubierto por una espesa moqueta de color dorado. La mesa era un enorme tablero de cristal, suspendido del techo por cuatro cables apenas visibles.

Los sillones y el gran diván que había en uno de los ángulos eran de un diseño audazmente futurista, pero nada estridente. La única incongruencia, pensó King, era el gerente general, de unos cincuenta años, casi calvo, con un cráneo que parecía una pera brillante de color carne, pretenciosamente vestido con un traje color vino y chaleco verde, indumento completado por una corbata azul, casi negra, y unos zapatos de dos colores: amarillo y marrón. Kerstow, además, parecía un sujeto en perpetua lucha con su cintura... pero era evidente que el metabolismo le tenía ganada la partida. Acabaría convertido en una bola de grasa, pensó King, mientras estrechaba la mano blanda y fofa del sujeto, recién limpia del sudor que debía transpirar continuamente, calculó.

—Le agradezco mucho su visita, señor King —dijo Kerstow, con la voz aflautada que le era peculiar—. ¿Quiere tomar algo?

King miró a su alrededor. No había mesa, ni botellas... Kerstow comprendió su extrañeza y soltó una risita. Acercóse a una pared, apoyó la mano en determinado punto y un panel se descorrió silenciosamente a un lado, dejando ver un pequeño almacén de licores, perfectamente surtido.

Los cubitos de hielo tintinearón al caer en el vaso. King tomó un par de sorbos y miró a Kerstow.

—Usted tiene la palabra —dijo.

Kerstow empezó a pasearse por el despacho.

—La señora Harrison le ha encomendado busque al asesino de

su esposo —manifestó—. Intenté disuadirla, para que dejase el caso a la policía, pero desatendió todas mis indicaciones al respecto. La verdad, es una mujer muy independiente...

Kerstow se detuvo y giró hasta encararse con el visitante.

—¿Qué ha conseguido usted, señor King? —preguntó de sopetón.

—La verdad, ella me dijo que sí necesitaba algo, lo solicitase de usted; pero no mencionó nada acerca de divulgar el resultado de mis investigaciones a una tercera persona —contestó.

—Oh, vamos, vamos... El difunto Harrison y yo éramos como carne y uña. Yo estaba enterado de todas sus andanzas, sin contar la parte financiera, y a él le sucedía lo mismo respecto a mí. Puede confiar enteramente en mi discreción, se lo aseguro.

—Lo siento, pero no le diré nada, sin permiso de mi cliente. Por favor, no tome a mal mi actitud; estímela, simplemente, como parte de la ética profesional.

—Le admiro a usted, joven —declaró Kerstow—. Bien, si no quiere decirme nada, no puedo forzarle a hablar. Sin embargo, le diré una cosa: este negocio es terriblemente productivo y hay poderosas fuerzas subterráneas, que se están moviendo con toda su energía, para conseguir el control de la compañía.

—Y uno de los primeros pasos, fue liquidar a su fundador y propietario.

—Así es.

—Usted dice fue íntimo del difunto Harrison. En su opinión, ¿quién tenía interés en quitarlo de en medio? Quizá, si me ayuda, yo pueda corresponder con informes... —insinuó King.

Kerstow apuró el resto del contenido de su vaso.

—Hay un solo nombre —dijo—. Pero ese nombre es sólo la cúspide del iceberg... Usted sabe que en una montaña de hielo que flota sobre el mar, sólo asoma la décima parte...

—Sé perfectamente lo que quiere decir esa frase, la cúspide del iceberg —contestó King—. ¿Por qué no me dice de una vez ese nombre?

—McCandless.

—¿El abogado de la señora Harrison?

—El mismo.

—Me sorprende usted, señor Kerstow.

—¿Por qué?

—Tengo entendido que McCandless es uno de los más competentes abogados de la costa californiana. Me cuesta mucho creer está involucrado en una conspiración criminal.

—A mí también me costaba creerlo, hasta que supe la amarga verdad. Por supuesto, desconozco quién o quiénes forman el resto del iceberg, es decir, la parte sumergida en el mar. Pero le aseguro que todo lo que le he dicho es cierto.

King contempló pensativamente el fondo de su vaso.

—Necesito más detalles —pidió.

Kerstow soltó una risita.

—¿Más detalles? Voy a darle un consejo: acuda, cualquier noche, al Arrows. ¿Conoce a McCandless? ¿No? Bien, ahora le entregaré una fotografía suya para que pueda identificarlo. Eso es todo, señor King.

Kerstow se acercó a otra de las paredes y realizó la misma operación que había hecho antes. Otro panel se descorrió y dejó ver una serie de estantes y cajones, de uno de los cuales extrajo una fotografía, que entregó al visitante.

—Aquí tiene a su hombre, señor King.

El joven estudió la fotografía unos segundos. McCandless era un sujeto que había pasado ya de los cuarenta, pero todavía terriblemente atractivo y lleno de apostura varonil. Debía de tener muchos éxitos con las mujeres, calculó.

—Iré al Arrows —prometió.

—Téngame al corriente de sus acciones, señor King.

—Sí, señor Kerstow.

CAPÍTULO VII

Cuando abandonó el edificio, King buscó una cabina telefónica y llamó a Tina.

—¿Cómo se siente? —preguntó.

—Mucho mejor, pero me extraña su llamada —respondió la chica—. ¿Sucedó algo?

—Sucedó que he estado pensando en que le conviene distraerse un poco. Pasaré a las nueve a buscarla. Póngase bien guapa; voy a llevarla a un sitio de lujo, donde hay unas atracciones fenomenales.

—¡Caramba, qué amable! Y, dígame, ¿a qué se debe ese derroche?

—Primero, usted me gusta muchísimo. Segundo, es mi ayudante...

—Pero no me contrató para trabajar en una sala de fiestas, Danny.

—Llamaré menos la atención si viene conmigo, que si acudo solo, aunque estoy seguro de que todas las miradas se centrarán en usted. Pero ya sabe, en esos sitios, un hombre sólo es como una mosca en un plato de leche.

—Un bicho raro —calificó ella alegremente.

—Exacto. Sea puntual, Tina.

—Estaré lista a las nueve, Danny.

King salió a la calle y buscó el coche. Ahora tenía que ver a Croyd, pero antes debía pasar por su casa. Se preguntó qué habría dicho Tina de haber sabido que el escorpión estaba vivo.

Una hora más tarde, llamaba a una puerta. Al otro lado sonaron risas femeninas. La voz bronca de un hombre fue el contrapunto malhumorado, que dirigía invectivas contra el importuno.

King aguardó impávido. Al fin, se abrió la puerta.

—¿Qué quiere? —dijo el sujeto de mal talante.

—¿Croyd? —preguntó King.

—Sí...

El puño derecho de King se disparó fulminantemente. Croyd puso los ojos en blanco y cayó de espaldas.

Dentro de la casa sonó de nuevo la voz de la mujer:

—¡Jack! ¿Qué pasa?

King entró, cerró la puerta y dejó a un lado el maletín que llevaba. Croyd vestía solo con los pantalones. Hurgó en los bolsillos y le encontró un buen rollo de billetes. Acto seguido, se encaminó al dormitorio, en el que había una mujer sobre la cama.

King lanzó un puñado de billetes sobre el desnudo vientre femenino.

—Tienes dos minutos para vestirme y desaparecer de aquí —dijo.

En los ojos de la mujer apareció el miedo. Estuvo un segundo inmóvil y luego saltó de la cama. King sonrió cuando la vio salir; le habían sobrado treinta segundos de los ciento veinte concedidos.

Acto seguido, se puso a trabajar. Diez minutos más tarde, Croyd despertó, atado a una silla. Sacudió la cabeza un par de veces, hasta adquirir la plena conciencia de su situación.

King sonrió. Sentado frente a él, tenía un maletín de ejecutivo sobre las rodillas. Sus manos estaban enguantadas.

—Hola, Jack —dijo—. ¿Me conoces?

—Usted es el entrometido...

—Celebro tu buena memoria, porque así estarás en situación de contarme algunas cosas que te interesan.

Croyd sonrió despectivamente.

—¿Cree que soy un tipo blando? Las he pasado mucho peores —aseguró—. Y jamás «canté», puedo asegurárselo.

—Eso depende de la clase de interrogado —dijo King sin alterar un ápice el tono de su voz—. Por ejemplo, tú podrías decirme quién ordenó a un tal Ruyter que pusiera una bomba en mi coche, el mismo que, sin duda, te ordenó asaltar mi casa por la noche, para quitarme de en medio. ¿Me lo dirás?

—No —contestó el sujeto hoscamente.

—Está bien. Jack, te aconsejo que mires tus piernas.

Croyd frunció el ceño. Entonces se dio cuenta de que King le había cortado las perneras de los pantalones a ras de las rodillas.

—Pero ¿qué diablos?

Siempre impasible, King abrió el maletín. Croyd vio una caja de

cartón y unas pinzas desusadamente largas. King empuñó las pinzas con la mano derecha, con todo cuidado, abrió la caja de cartón. Segundos después, el escorpión se agitaba furiosamente, sujeto por las pinzas.

—Alguien me envió este regalito —dijo el joven—. Quizá fue un amigo tuyo, pero, en todo caso, se equivocó de destinatario, porque yo lo guardé para ti. ¿Hablarás?

King se inclinó y sintió al artrópodo a unos centímetros del suelo, casi tocando el tobillo izquierdo de Croyd.

—Si aflojo las pinzas... El escorpión está furioso, deseando descargar en algo cólera...

Croyd sudaba a mares.

—¡No! —chilló—. Mate a esa bestia, quítela de mi vista...

—¿Hablarás?

Se oyó un sollozo.

—Clute es el que lo sabía todo...

—Pero ahora Clute está arrestado, bajo la acusación de asesinato.

—Le digo que...

—Croyd, no me tomes el pelo o soltaré el escorpión. Cuando Ruyter me puso la bomba, Clute ya estaba preso, lo mismo que cuando tú intentaste asaltar mi casa. Por última vez, ¿me oyes?

El escorpión se acercó un poco más al desnudo tobillo del sujeto. Croyd volvió a chillar.

—Le diré un nombre... es todo lo que sé... No nos da explicaciones; paga bien...

—Venga ese nombre.

—Farringdon. Trabaja en el Arrows.

King arqueó las cejas.

—Vaya, qué coincidencia —murmuró—. Me has dicho el apellido, pero ¿cuál es el nombre de pila y en qué trabaja Farringdon?

—Armin. Es el jefe de seguridad —contestó Croyd desmayadamente.

El escorpión volvió a la caja. King fue a continuación a la cocina. Sí, también allí había triturador de basuras. Abrió el grifo a la máxima potencia, puso en marcha el triturador y luego, con gesto brusco, volcó la caja sobre la pila. El escorpión pataleó un poco,

pero el chorro de líquido lo arrastró inexorablemente hacia el orificio donde la rueda de cuchillas giraba a miles de revoluciones por minuto.

Cuando volvió a la sala, Croyd había conseguido soltarse y cargaba contra él, barbotando sucias imprecaciones. King paró un golpe con la mano izquierda. Seguidamente, alzó la rodilla derecha y golpeó la entrepierna de su atacante. Croyd cayó de espaldas, revolcándose frenéticamente, con las manos en el lugar afectado por el rodillazo. King pasó por encima de él y abandonó la casa.

—No veo qué clase de trabajo podemos hacer aquí —dijo Tina, al entrar en el Arrows—. Éste es un lugar demasiado elegante...

—No critique antes de tiempo. Además, usted es mi tapadera.

—¿Cómo? —Respingó ella—. Tipo fresco...

—Cállese.

El *maitre* llegaba ya. King deslizó discretamente unos billetes en su mano.

—Síganme, por favor, señores.

La propina surtió efectos y fueron colocados en una de las mejores mesas. En el pequeño escenario, que se adentraba casi hasta mitad de la sala, dos muchachas semidesnudas ejecutaban un número con cuchillos y espadas que tenían filos de navaja de afeitar. De pronto, cuando un obsequioso camarero abría ya la botella de champaña destinada a la pareja, alguien gritó una obscenidad a las artistas.

Un hombre se acercó al provocador, evidentemente con unas copas de más, y se inclinó hacia él. El cliente arrojó el contenido de su copa al hombre que le pedía discreción y volvió a vociferar. Entonces, el hombre se echó un poco atrás y movió levemente una mano. Luego sacó un pañuelo para limpiarse la cara.

Dos sujetos de rostro estólido se acercaron al alborotador y lo llevaron en vilo fuera de la sala. King fijó su atención en el individuo que había recibido el chorro de bebida. Era un tipo fornido, de facciones pétreas y manos recias. «Farringdon», pensó el joven de inmediato.

Sí, aquella acción era propia del hombre encargado de mantener el orden en el local. Farringdon se retiró, indudablemente para cambiarse de ropa.

Luego salió una joven que ejecutó un número de *strip-tease*.

Después de recibir unos corteses aplausos, se retiró.

Entonces apareció una cantante de voz sumamente agradable. King se fijó en que la artista miraba continuamente hacia un lugar de la sala.

Volvió la cabeza. Había un hombre sólo en una mesa, abstraído por completo en la contemplación de la cantante. King lo reconoció en el acto.

Era McCandless.

Pero su actitud, se dijo, era completamente correcta, propia de un hombre que parecía sentirse terriblemente atraído por la belleza de la artista. No había nada de malo en McCandless... al menos a primera vista.

La cantante se retiró, acabada su actuación. King se preguntó qué intenciones había en Kerstow al enviarle a aquel local. En McCandless no encontraba nada sospechoso. De pronto lo vio que se ponía en pie y caminaba hacia la puerta que comunicaba con el corredor donde se hallaban los camerinos.

Antes de que pudiera hacer nada, se le acercó un individuo.

—¿Señor King?

El joven alzó la vista.

—Sí...

—Por favor, tenga la bondad de seguirme. El señor Farrington desea hablar con usted.

—Claro. Tina, dispénseme.

La muchacha hizo un gesto de asentimiento, aunque se sentía muy aprensiva. King le había contado todo, incluso las veladas acusaciones de Kerstow contra McCandless. De pronto, Tina pensó que debía ayudar al joven, tratando de averiguar qué relación había entre el abogado y la cantante.

La recepción de Farrington fue fría, pero directa al mismo tiempo.

—Quiero decirle una cosa, King —habló, sin protocolos—. Tome lo que hay sobre la mesa y olvide cuánto sepa sobre cierto asunto que no es preciso mencionar.

King se quedó parado un instante. Luego fijó la vista en el fajo de billetes que señalaba la mano de Farrington.

—Diez mil, King.

—A cambio de ponerme una venda en los ojos, tapones en los

oídos y volverme mudo.

—Exactamente.

—Una suma tentadora, Armin.

—Lo es. No quiero molestarle más. Tome ese dinero y desaparezca. Diga a la señora Harrison que se olvide de su difunto esposo. Eso es todo.

King se acercó a la mesa, cogió los billetes y los repasó con el pulgar, como si fuesen un mazo de naipes. De pronto, se volvió hacia el otro.

—¿Habrá más bombas y escorpiones si me niego? —inquirió.

—No quiero decir nada. Prefiero que utilice su imaginación.

—Muy inteligente por su parte, pero ¿se le ha ocurrido pensar en lo que pueda decir Jack Clute?

Farringdon sonrió desdeñosamente.

—Cuando hablé con él, no había testigos —respondió.

—Por tanto, aunque le acusara, es su palabra contra la de usted.

—Justamente.

—Pero sospecho que a usted no se le ocurrió la idea de hacer asesinar a Harrison. ¿De qué rutilante cerebro partió esa esplendorosa idea?

—¡Basta! —cortó Farringdon—. Ya hemos hablado lo suficiente. Le he dado a elegir. Ahora, el resto está en sus manos.

—Sí, diez mil dólares...

King se mordió los labios, simulando reflexionar. De pronto, movió la mano izquierda.

—Oiga, ¿quién diablos escucha nuestra conversación detrás de la puerta?

Farringdon mordió el anzuelo y volvió la cabeza. Entonces, King disparó su puño derecho. Farringdon se desplomó fulminado.

Tranquilamente, King volvió junto a la mesa, en la que había un enorme y aparatoso cenicero de cristal. Desató el fajo de billetes y los amontonó sobre el cenicero. Luego sacó un fósforo.

Sonrió, mientras los billetes ardían sin dificultad. Farringdon despertó cuando el desastre se consumaba y lanzó un grito de cólera.

King estaba ya en la puerta.

—¿Por qué se lamenta? —exclamó—. A fin de cuentas, ¿no daba ese dinero por perdido?

Farringdon vomitó una terrible imprecación. King se burló de él despiadadamente.

—Usted sabía de sobras que yo no iba a aceptar y, posiblemente, pensaba quedarse con el dinero que alguien le había dado. Así, pues, los dos han perdido... ¡y todavía perderán más, cuando se sepa la verdad!

King abrió la puerta. A dos pasos, había un esbirro.

—Entre ahí, rápido; hay fuego en el despacho.

El sujeto echó a correr, vivamente alarmado. King volvió a la sala de fiestas. Cuando vio que faltaba Tina empezó a sentirse muy aprensivo.

CAPÍTULO VIII

El nombre de la cantante era Helen Holt y figuraba en la puerta del camerino, Tina llamó con los nudillos, pero no recibió contestación.

Insistió. Tal vez había pillado a McCandless y la cantante en una situación crítica, pero ya sabría disculparse, pensó.

Pero no contestaba nadie. Decidida, asió el pomo y empujó la puerta. Entonces sintió que se le cortaba la respiración.

McCandless yacía en el suelo, con una mancha de sangre en el pecho. Helen lo contemplaba como alucinada, petrificada por el horror, convertida literalmente en una estatua.

Junto al abogado, había una navaja automática, manchada de sangre. Tina hizo un esfuerzo sobre sí misma y penetró en el camerino, cerrando a sus espaldas.

—Señorita Holt...

Helen volvió la cabeza. Sus ojos estaban vidriados.

—No..., no he sido yo... —balbució.

Tina se dio cuenta en el acto de la inocencia de Helen. Alguien había querido comprometerla, se dijo.

Procuró hacer acopio de valor y se arrodilló junto a McCandless. Venciendo sus aprensiones, puso una mano en la carótida. Ya no había vida en aquel cuerpo.

—Cuénteme —pidió escuetamente.

—A... alguien llamó... Yo estaba cambiándome de ropa... Pedí a Abner que abriese y él obedeció... Entonces oí un grito sofocado y luego le vi caer... Alguien arrojó la navaja al interior y cerró...

Tina se dio cuenta en el acto de que había sido tendida una trampa a la cantante. Ignoraba los motivos, pero no era momento apropiado para seguir haciendo preguntas.

—Tenemos que marcharnos, Helen —dijo.

—Sí... ¿Quién es usted? —preguntó la artista, extrañada de que

una desconocida quisiera ayudarla.

—Una amiga suya. —Tina miró a la ventana del camerino, cubierta por unas cortinillas y corrió hacia ella. Daba a la trasera del local, a un espacio abierto y oscuro—. Venga, tenemos que saltar por aquí.

—Pero...

—¡De prisa! Estoy por sospechar que el asesino habrá avisado ya a la policía.

Helen empezó a reaccionar. Tina saltó la primera. Luego se volvió para ayudar a la cantante. Una vez fuera, agarró su mano y buscó el coche de King.

—Esperaremos aquí —dijo, a la vez que se oía a lo lejos el sonido de una sirena policial.

King llegó unos minutos más tarde. Tina le oyó maldecir entre dientes.

—Deje su mal humor —exclamó—. Estamos aquí.

El joven metió medio cuerpo dentro del coche y vio a las dos mujeres.

—Pero ¿qué diablos...?

—Danny, McCandless ha sido apuñalado y está muerto en el camerino de Helen. Ah, le presento a Helen Holt... Éste es mi jefe, Danny King, Helen.

—Ta... tanto gusto...

—Por favor, ¿quieren explicarse de una vez? —exclamó King malhumoradamente.

El coche de patrulla se detenía ya frente al Arrows. Tina movió una mano.

—Será mejor que nos vayamos de aquí cuanto antes, Danny.

King se sentó tras el volante.

—Está bien, pero o me cuentan lo que ha pasado o doy media vuelta antes de haber recorrido dos manzanas —amenazó.

—Pero si ya se lo hemos dicho... Alguien mató a McCandless y quiso culpar a Helen —contestó Tina.

King frunció el ceño. ¿Tenía algo que ver la insinuación de Kerstow con el asesinato del abogado?

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué, Helen? —dijo Tina.

—Qué... querían que yo trabajase para la Amour Films...

Siempre me negué... —Helen sollozó desconsoladamente—. Abner quería casarse conmigo, pero aún me quedaban cuatro meses de contrato y el señor Ross no quería devolverme mi libertad... Abner estudió el contrato y llegó a la conclusión de que era jurídicamente inatacable... Ross me dijo que accedería a dejarme libre, si realizaba un par de películas... Seguí negándome...

—De modo que ese tal Ross es el dueño del Arrows.

—Sí, y además es jefe de producción de la Amour Films.

—Creo que eso explica algunas cosas —murmuró King—. Pero tengo la impresión de que McCandless no ha muerto sólo por estar enamorado de usted, señorita Holt.

—¿Qué quiere decir, Danny? —exclamó Tina.

—Alguien me anunció su muerte, sólo que yo no supe verlo entonces.

—Oh... ¿Es cierto?

—Rigurosamente cierto. Pero ahora vamos a dejar de lado al hombre que me anunció la muerte de McCandless. Tina, ¿dónde podemos esconder a Helen por unos días?

—En mi casa, claro —respondió la chica instantáneamente.

—Bien, vamos allá.

King condujo sin prisas, mientras su cerebro sí funcionaba a ritmo acelerado. Se preguntó qué sicario había empuñado el arma por orden de Kerstow... y también empezó a pensar en la conveniencia de procurarse una entrevista con Ross, el propietario del Arrows.

De pronto, pensó en el terrible compromiso que podía resultar para Helen esconderse y huir de la justicia. Había que hacer algo mejor que esconderla en casa de Tina.

—Helen, ¿tocó usted el arma homicida? —preguntó de súbito.

—No, en absoluto.

—Bien, entonces vamos a hacer otra cosa —dijo King. Y explicó su plan.

—Puede salir mal —objetó Tina, después de conocer las intenciones del joven.

—Helen no puede permanecer eternamente oculta, además, eso la comprometería gravemente. Usted y yo seremos testigos de que McCandless nos dijo que se quedaba en el Arrows, a fin de discutir con Farrington la cancelación del contrato. Luego se reuniría con

nosotros, para tomar una copa en... bien, me parece que ése es un sitio adecuado —sonrió King, al ver las brillantes luces de neón de una sala de fiestas—. Helen, ¿se siente dispuesta a colaborar en algo que es de su propio interés?

—Sí —respondió la cantante sin vacilar.

King empezó a buscar un sitio para estacionar su coche.

—Es preciso que seamos realistas. No podemos hacer nada por el pobre McCandless; por tanto, hemos de procurar por nosotros mismos y especialmente por usted. Ahora terminaré de darle instrucciones y luego iremos a presentarnos a la central de policía, simulando habernos enterado de un asesinato del que la acusan a usted...

Sí, aquello era un estudio de cine, aunque no se hacían precisamente películas de vaqueros. Había un par de operadores de cámara, una *script*, con el guion en la mano, y unas cuantas parejas de jóvenes, todavía vestidos, en espera de que el director de la película les ordenase desnudarse y realizar los más inverosímiles actos sexuales. King apreció el ambiente de terrible tedio que envolvía a todos los presentes. Trabajarían mecánicamente, por unos cientos de dólares, sin la menor ilusión. Un día, aquellos jóvenes, todos ellos bien parecidos, habían llegado a la costa oeste, ávidos de conseguir la fama cinematográfica, pero habían acabado en el cine «porno». En cierto modo, eran dignos de compasión.

Preguntó a alguien y le señalaron una puertecita situada en un ángulo del estudio. Cruzó el espacio y llamó con los nudillos. Abrió a continuación y vio a una espléndida rubia sentada en el borde de una mesa, desnuda de la cintura para arriba. Un individuo robusto, pero calvo por completo, tenía la cara hundida entre los pechos de la rubia, que emitía ficticias risitas de complacencia.

—Cuando termine, deje un poco para mí, Harvey Ross —sonrió el joven.

Ross alzó en el acto su cara congestionada.

—¿Quién es usted? —bramó—. ¿Quién le ha dado permiso para...?

—Me llamo King.

Hubo un instante de silencio. Los ojos de Ross eran menudos y chispeantes. Agitó una mano.

—Espera en el plato, nena.

—Sí, Harry —contestó la rubia. Se subió el vestido y caminó hacia la puerta, con gran meneo de caderas—. Oye, este chico no está mal. Déjamelos para la próxima secuencia...

—¿Piensa que los filmes en que interviene son reales como la vida misma? —preguntó King agudamente.

La rubia se echó a reír.

—Si no me lo tomo en serio, no sale —contestó desvergonzadamente.

—¡Basta! —Gruñó Ross.

—*Ciao*, guapo —dijo la rubia, a la vez que cerraba.

Ross estaba un poco nervioso, apreció King, al verle abrir una caja de cigarros. El que encendió le costó tres fósforos antes de conseguir la primera bocanada de humo.

—Hable, King —dijo al cabo.

—Creo que ya sabe quién soy, aunque no me conoce personalmente —declaró el joven—. Eso ahorra muchos preámbulos, por lo que iré directamente al grano. Helen Holt está libre y no ha sido acusada del asesinato de McCandless. Apenas se enteró de la noticia, fue a presentarse a la policía, acompañada de dos testigos, que aseguraron haber salido con ella del Arrows, tras haberse despedido del abogado, a quien habían dejado vivo y en espera de sostener una entrevista con Farrington, acerca de la cancelación del contrato de la señorita Holt. Inmediatamente de tomadas esas declaraciones, Helen Holt fue puesta en libertad, con todos los pronunciamientos favorables.

Ross tenía la boca abierta de par en par. King sacó un cigarrillo, lo encendió y continuó:

—Usted la presionó para que viniese a trabajar en sus repugnantes películas. Ella no quería en absoluto y, además, deseaba cancelar su contrato, a fin de casarse con McCandless. Por todo eso, decidió vengarse asquerosamente de Helen, hiriéndola donde más daño podía producirle. Le diré una cosa, Ross: tarde o temprano pagará la muerte de McCandless.

Ross continuaba mudo. King hizo un gesto y se encaminó hacia la puerta.

—Durante unos días, Helen no acudirá a su trabajo. Un médico certificará su incapacidad para actuar, debido a la fuerte impresión sufrida por la muerte de su prometido. Luego trabajará hasta

terminar el contrato con usted y, cuando haya acabado, no volverá a verla más. Ya tiene una magnífica oferta y no precisamente para ese hediondo cine que hacen ahí afuera.

De pronto, Ross pareció reaccionar.

—¡Espere! —gritó—. ¿Por qué ha venido a verme?

—Porque es usted el productor de la Amour Films y, además, propietario del Arrows. Y porque me apuesto el pescuezo a que está relacionado con la muerte de Harrison y no digamos con la de Tracy Rowell. Y yo estoy buscando pruebas para enviarles a todos ustedes a presidio para el resto de sus días.

Las mandíbulas de Ross se contrajeron bruscamente.

—Ándese con cuidado —dijo—. Vaya a ver a Farrington, se lo aconsejo; tiene algo especial para usted...

King se echó a reír.

—¿Cien billetes de cien dólares? —dijo—. Sí, me los enseñé anoche, pero tuve el inmenso placer de quemar esa pequeña fortuna. Ande, llámele, pídale que le cuente lo que sucedió en la entrevista que tuvimos, exíjale que justifique el destino que dio a ese dinero..., porque una cosa es segura: yo no me lo llevé y por lo más sagrado le juro que quemé los cien billetes.

Ross se pasó una mano por la cara.

—Ese maldito Farrington...

—Fracasó, ¿verdad? ¿Fracasó también en el asesinato de McCandless? Seguro, porque Helen Holt está libre y la policía anda buscando al asesino. ¿Lo hizo Farrington?

—Váyase —dijo Ross roncamente—. Váyase o no respondo de mí.

King lanzó una risa burlona. Abrió la puerta y salió al estudio. Ya se desnudaban los actores.

La rubia agitó una mano.

—Quédate y trabaja conmigo —gritó—. Es de lo más sencillo...

—Acabo de comer y no tengo ganas de vomitar —contestó King.

—Vaya un tipo raro —comentó la rubia, después de que el joven hubo desaparecido de su vista.

—A lo mejor es maricón —dijo otra de las chicas.

—Pues no tiene pinta... —La rubia se encogió de hombros y añadió—: En fin, lo que nunca falta son colaboradores para estas películas.

Al salir del estudio, King buscó una cabina telefónica y llamó a su oficina.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó.

—Sí. Jack Clute ha sido puesto en libertad. Me ha llamado el teniente Parral.

—Pero ¿cómo...? Si encontraron en su casa el rifle que sirvió para matar a Harrison.

—Por lo visto, el abogado ha conseguido persuadir al juez de que pudo ser otro el que lo hizo, apoderándose del rifle de Clute. Danny, tú eres abogado y conoces los recovecos de las leyes mejor que yo.

—Sí, eso es cierto, aunque nunca pensé... En fin, está bien, lo tendré en cuenta. ¿Qué sabes de Helen?

—Se ha ido unos días al campo, por consejo médico. Solamente la policía sabe dónde reside, aparte de nosotros, claro.

—Lo sabrás tú, hermosa.

—Ya te lo diré cuando vengas a verme. ¿Qué ha dicho Ross?

—Ahora no tengo tiempo de contártelo, aunque permitiré que ejercites tu imaginación, pensando en la cara que puso cuando se enteró de lo sucedido y no digamos de los diez mil dólares convertidos en humo. Ahora tengo que entrevistarme con alguien; a la noche cenaremos en el Kronski. ¿Hace?

—Sí, señor —contestó Tina solemnemente.

CAPÍTULO IX

Amos Kerstow recibió al joven con la untuosidad que le era característica. Después de los primeros saludos, le sugirió tomar algo, a lo que King contestó con una cortés negativa.

—Bien, en tal caso empiece cuando guste, amigo mío —dijo.

—Yo no sería amigo suyo por todo el oro del mundo —respondió el joven bruscamente—. Me sentiría deshonrado si alguien dijera que usted y yo somos amigos.

Kerstow pareció sorprenderse vivamente al recibir aquella violenta andanada.

—Pero ¿qué le he hecho yo, Dios mío? He procurado ayudarle...

—Lo que usted procuró es que yo fuese al Arrows, para estar más o menos presente cuando McCandless fuese asesinado. ¿Qué pasa, les estorbaba ese abogado?

—No sé de qué me está hablando...

—Señor Kerstow, McCandless era el abogado de la señora Harrison, un hombre competentísimo y honesto donde los haya. Está claro que a ustedes no podía convenirles en modo alguno que ese hombre siguiera con vida.

Kerstow se puso en pie, a la vez que señalaba la puerta con indignado ademán.

—Salga, señor mío —dijo—. Puedo soportar muchas cosas en esta vida, pero no ciertos insultos absolutamente injustificados. Harrison era íntimo amigo mío y yo fui el que más deploró su muerte...

—Ya —dijo King con sorna—. Quizá no tuvo nada que ver en ese asesinato, pero puesto que ya estaba hecho, ¿por qué no aprovecharse de las circunstancias? ¿Estaba enterado McCandless de la marcha financiera de la empresa que heredó la señora Harrison?

El sudoroso rostro de Kerstow se tornó repentinamente gris.

King supo así que sus palabras habían dado en el blanco.

—Eso es todo, señor —se despidió.

A las seis y media, se reunió con Tina en el Kronski. La hermana de la chica, Laura, se acercó para tomar el pedido.

—¿Han arrestado ya a todos los criminales de la ciudad? —preguntó zumbonamente.

—Vamos camino de ello —contestó King en el mismo tono—. Pero no se puede decir que carezcamos de emociones.

—Sí, tiene que ser una vida muy agitada —convino Laura.

Después de la cena, Tina dijo:

—Lo siento, pero me había olvidado de ello. Ha llamado la señora Harrison.

—¿Qué quiere?

—Preguntó por ti y le dije que andabas en tus investigaciones. Quiere que vayas a verla mañana, antes de mediodía, si te es posible.

—Gracias, iré, descuida.

—Además, me ha pasado otra cosa...

King observó que la muchacha se mordía los labios.

—No sé... Quizá sean aprensiones mías, pero... Claro que carezco de experiencia...

—¿Por qué no hablas claro de una vez, nena?

—Es que no estoy segura...

—Vamos, vamos, suelta lo que sea. No te avergüences de ser aprensiva; más vale eso que ser absolutamente confiada. ¿Qué ha sucedido?

—Verás... Poco antes de dejar el despacho, se me ocurrió ventilar la casa un poco. Ya sé que dirás que hay aire acondicionado, pero hoy el día era excepcionalmente claro y pensé que un poco de aire puro no vendría mal. Entonces abrí las ventanas unos minutos... Cuando terminaba de abrir la de tu despacho, oí un extraño silbido y un golpe sordo... A veces, esos enormes abejorros chocan contra un cristal y hacen un ruido muy parecido al que he oído yo..., pero el silbido no se parecía en nada a su zumbido. Danny, ¿qué crees tú que puede ser?

King se puso serio.

—Lo sabremos muy pronto —contestó—. ¿Has terminado?

—Sí, Danny.

King movió la mano y Laura trajo la nota. Al abonarla, el joven sonrió:

—Esta clase de trabajo no tiene horario fijo, Laura.

La señora Dodge miró alternativamente a la pareja.

—Trátela bien, Danny —aconsejó.

—Como si fuese el mayor diamante del mundo.

—«Es» un diamante —afirmó Laura, muy seria.

King asintió. Momentos después, abandonaba el restaurante, con la mano en el brazo de Tina.

Al llegar a su casa, abrió la puerta, pero no encendió las luces.

—Quédate aquí —dijo—. No te muevas ni hagas nada.

—Está bien.

King corrió todas las cortinas y, además, bajó las persianas. Pero en su despacho dejó el hueco suficiente para poder ver la calle sin dificultad.

Al otro lado, a unos setenta metros, había un edificio en construcción, en el que sólo se habían levantado cinco plantas. La obra estaba desierta, ya que era sábado. King empezó a buscar con la vista, hasta divisar una sombra oscura tras un parapeto de ladrillos y sacos de cemento en la última planta del edificio. Entonces sonrió satisfecho, terminó de cerrar cortinas y persiana y encendió la luz.

—¡Tina!

La joven acudió de inmediato. King empezó a buscar, hasta dar con un butacón, en el que había un pequeño orificio.

—Mira —dijo—. El impacto del moscardón... de plomo.

Tina se puso lívida.

—Entonces, quisieron matarme.

—Probablemente, el asesino tiró con precipitación al ver una silueta ante la ventana. No era a ti a quien dirigió su disparo, sino a mí.

—Llama a la policía...

King se encaminó hacia la puerta.

—Éste es un asunto privado —dijo por encima del hombro—. No te muevas de aquí ni se te ocurra despejar las ventanas.

—¿Tardarás mucho? —preguntó ella, muy asustada.

—Sólo lo justo.

Sentado tras el parapeto de sacos de cemento, el hombre sacó un

cigarrillo y lo encendió, protegiéndose con las manos. Inhaló el humo profundamente y lo expulsó por boca y narices, muy complacido al parecer, sin darse cuenta de que unos ojos le contemplaban desde el nivel del suelo de la planta en que se encontraba. King estaba en la escalera que conducía a aquel lugar, aguardando pacientemente.

Al cabo de un rato, el individuo tiró la colilla y se levantó, para quedar arrodillado tras los sacos. King pudo ver a su lado un rifle semejante al que había encontrado en el apartamento de Clute.

—Está visto que hay tipos contumaces —se dijo, mientras avanzaba con absoluto sigilo.

Clute le volvía la espalda, fijos los ojos en el edificio donde King tenía su despacho. De pronto, oyó un ruidito a sus espaldas y se irguió convulsivamente, a la vez que echaba mano del rifle.

Un puño golpeó despiadadamente su estómago. Clute se inclinó, poseído por una indescriptible agonía. Un segundo golpe lo dejó en el suelo, consciente, pero sin fuerzas.

King apartó el rifle con un pie. Al cabo de unos segundos, Clute se sentó y empezó a frotarse el estómago.

—Maldito... —rezongó.

—¿Quién te ha ordenado matarme? —preguntó King, inclinado hacia el asesino.

—Nadie. Éste es un asunto privado.

—Ah, una cuestión de honor. Por lo visto, no te gustó que yo te enviase a la cárcel.

Clute hizo un gesto ambiguo, pero no dijo una sola palabra.

—Está bien, entonces cuéntame quién te pagó por matar a Harrison —pidió.

—¿Cree que se lo voy a decir? —se burló Clute.

—Algunos no son capaces de entender lo que les conviene —dijo King plácidamente—. Ponte en pie, anda.

Clute obedeció. De súbito, King se arrojó sobre él, aprovechándose de la relativa falta de facultades del sujeto, y lo agarró por el cuello de la chaqueta y los fondillos de los pantalones.

—Si antes de cinco segundos no has pronunciado un nombre, te arrojaré a la calle —amenazó.

Clute sintió pánico. Era muy fuerte, pero había perdido la iniciativa y se hallaba por completo en manos de su adversario.

—Espere... Se lo diré... Fue Farrington...

—Algo de eso me suponía, pero celebro haberlo oído de tus labios.

King soltó al asesino. Clute se volvió, lanzando espumarajos de rabia. Había visto la muerte de cerca y el hecho de saberse vencido le hacía sentirse irrazonablemente furioso. Tenía que vengarse como fuera, pensó, mientras se abalanzaba contra el joven.

King estaba junto a los sacos de cemento, con el costado derecho dirigido hacia la calle. Al ver que Clute se le echaba encima, retrocedió un poco. Cuando la cabeza del sujeto rozaba ya su pecho, él la asió por los cabellos y tiró con fuerza hacia sí, a la vez que giraba hacia su izquierda.

El impulso de Clute, desviado por su contrincante, era demasiado fuerte y no pudo refrenarse. Siguió corriendo, una vez King hubo soltado su pelo. Pero ahora corría hacia el borde, fuera de la línea de sacos de cemento.

Clute saltó al vacío, con los brazos y las piernas extendidas en aspa. Su grito duró muy poco y fue sustituido casi instantáneamente por el horrible ruido de su cuerpo al estrellarse contra la acera.

King no perdió tiempo en comprobar lo sucedido. Ni siquiera tocó el rifle de Clute; ya lo encontraría la policía cuando acudiera a investigar. Descendió a toda prisa y alcanzó la calle.

Clute yacía de bruces. La sangre se extendía lentamente bajo su cuerpo, que había quedado en la misma posición tomada al iniciar el vuelo mortal. King buscó las sombras para alejarse de aquel lugar.

Minutos después, oyó un agudo chillido de mujer. Ya habían encontrado el cadáver, se dijo.

Regresó a su casa. Tina le esperaba ansiosamente, con la cara llena de una terrible palidez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Aunque no voluntariamente, he hecho justicia —contestó él, mientras recorría las cortinas de su despacho. Alzó la persiana y pudo ver, al otro lado de la calle, el centelleo de las luces de dos coches policiales y una aglomeración de gente en torno al lugar donde vacía un asesino despiadado.

El mayordomo hizo una cortés inclinación y dijo:

—La señora está en el jardín, hacia el lado este, señor King. Le

acompañaré...

—No es necesario —dijo el joven—; yo sabré encontrarla.

—Como guste el señor.

King abandonó la entrada y caminó sobre el césped, hasta pasar al otro lado de un alto seto, por encima del cual se veían los vivos colores de una gran sombrilla de jardín. Gloria Harrison estaba en una tumbona, con un libro en las manos.

—Buenos días, señora —saludó King cortésmente. Ella dejó el libro a un lado y se puso en pie. King observó que vestía una simple túnica blanca, de mangas muy amplias, que llegaba hasta sus tobillos. Tenía el pelo suelto por completo y sus pies estaban calzados con unas livianas sandalias.

—Es usted muy caro de ver, amigo mío —se quejó ella—. ¿Por qué ha estado tantos días sin darme sus noticias?

—No lo juzgué necesario. A fin de cuentas, hicimos un trato y a usted sólo le interesa, estimo, el final de mi investigación.

—Puede —contestó ella—. Pero también me hubiera gustado conocer sus progresos en el caso.

—Estoy haciendo lo que puedo —se defendió King—. Pero, puesto que lo desea, le contaré todo lo que sé hasta el momento.

—Hágalo, se lo ruego.

King empezó a hablar. Gloria se acercó a una mesa y sirvió café de la cafetera termo que tenía al alcance de su mano. King aceptó la taza, con una leve inclinación de cabeza.

Al terminar, ella le miró de frente.

—De todo lo que he oído, deduzco que no ha conseguido saber todavía, a ciencia cierta, quién pagó a Clute por asesinar a mi esposo —dijo.

—Señora, esto es más complicado de lo que parece a primera vista —respondió King—. Tengo entendido que McCandless llevaba todos sus asuntos.

—Así era, en efecto.

—¿Le habló, en alguna ocasión, de posibles irregularidades financieras en la marcha de la empresa?

—Sí, es verdad. ¿Cómo lo ha sabido?

—Lo he sospechado, simplemente, señora. Pero, dígame, ¿qué sabía su abogado sobre el particular?

—Dijo que iba a encargar una inspección de los libros a una

empresa de auditoría contable. Había visto cosas que no le gustaban y quería conocer con exactitud el estado financiero de la Amour Films.

—Esto aclara algunos aspectos del caso, aunque, por desgracia, no todos. ¿Sabe si McCandless había hablado ya con los encargados de la inspección de cuentas?

—No, creo que no... Por lo visto, esperaba algunos datos que Kerstow debía facilitarle y de lo que observase dependía su actitud.

—Hay, o debe de haber un testamento, señora Harrison.

—Pues no, amigo mío. Mi difunto esposo era muy descuidado y no otorgó testamento. Pero da la casualidad de que soy su viuda y, según la ley, heredera de todos sus bienes. A este respecto, no creo que haya dificultades en que un juez me considere propietaria de cuánto poseía mi esposo.

—Está bien, seguiré investigando y la tendré al corriente de los resultados que obtenga. Muchas gracias por su amabilidad, señora Harrison.

—¿Ya se va? ¿Tan pronto?

King sonrió.

—No tengo más que añadir —contestó.

—Creo que las prisas son malas —dijo Gloria, a la vez que se acercaba a un árbol. Era un naranjo y había abundancia de frutos en sus ramas—. Mi esposo plantó unos cuantos naranjos hace años. Los resultados obtenidos son muy apreciables.

Gloria arrancó una naranja y se la llevó a la boca. Al mismo tiempo, con la mano izquierda soltó una presilla. La túnica cayó al suelo.

King respingó. Gloria aparecía ahora completamente desnuda, sonriendo de un modo inequívoco, a la vez que simulaba morder la naranja.

Hubo una pausa de silencio. Luego, ella dijo:

—No es una manzana..., pero la podemos compartir...

—La servidumbre...

—La servidumbre no vendrá, si yo no llamo.

King inspiró con fuerza. La tentación era punto menos que irresistible. Pero ¿valía la pena complicarse la vida por los pocos minutos de placer que pudiera obtener de unos revolcones sobre la hierba?

Lentamente, se inclinó y cogió la túnica.

—Se le ha caído, señora —dijo.

—El casto José —se burló Gloria.

—El prudente, en todo caso.

Ella adelantó retadoramente los bellos senos, sin tener la menor intención de cubrirse.

—¿Me tiene miedo?

—Sólo soy un empleado, que no debe aceptar ciertos favores de su ama. —King lanzó la túnica al pecho de la mujer—. La llamaré cuando tenga algo bueno que contarle, señora Harrison.

Y dio media vuelta. Cuando oyó un apostrofe: «¡Idiota!», no hizo el menor caso y siguió andando.

Pero respiró muy aliviado cuando se vio fuera de la residencia.

CAPÍTULO X

—Ha llamado una tal Effie Mulligan —informó Tina aquella misma tarde—. Dice que quiere verle y que es urgente. ¿Quién es la tal Effie?

Sorprendido, King buceó en el fondo de su memoria. De pronto, sonrió.

—Ah, perverso individuo —exclamó la chica—. Apostaría algo a que conoce muy bien a la señorita Mulligan.

—Señora —corrigió él.

—Y, además, casada. Bien dice el refrán que la fruta del cercado ajeno sabe mejor...

—La señora Mulligan, dejando de lado posibles defectos humanos, como todo el mundo, se siente agradablemente viuda desde que a su esposo le pegaron cuatro tiros por meter la nariz donde no debía.

—Oh —dijo Tina—. No lo sabía...

—El difunto señor Mulligan era un confidente de la policía, pero también hacía trabajitos por cuenta propia. Un día, alguien se sintió molesto y ordenó que lo eliminaran del mundo de los vivos.

—Supongo que Mulligan también trabajaría para usted en algunas ocasiones.

—Pues no, aunque es cierto que tuve relaciones con su viuda: las relaciones propias de un abogado y su cliente. En aquella ocasión, Effie estaba sin blanca y a mí me tocó defenderla de oficio. Lo hice bien y me guarda agradecimiento.

—Sí, las buenas obras siempre tienen su recompensa —dijo Tina sardónicamente. Y añadió—: La cita es a las siete, en el Vicky's.

King consultó su reloj de pulsera.

—Entonces, me queda el tiempo justo —manifestó—. Sin embargo, para que no se aburra, voy a encomendarle un trabajito.

—¿Cuál es?

—Mañana iré a los registros del condado y se enterará si Harrison otorgó o no testamento. En caso afirmativo, tiene que haber una copia protocolizada. —King sacó unos billetes y los puso en la mano de la chica—. Además de su cara bonita, puede que necesite convencer al funcionario por otros procedimientos.

—Muy bien. ¿Y después?

—Después, vendrá aquí con la respuesta y se entretendrá despachando la correspondencia. Buenas noches.

—Suerte con la señora Mulligan —dijo ella maliciosamente.

King sonrió mientras abría la puerta. A las siete en punto, se encontraba con Effie Mulligan.

Ella le tendió ambas manos.

—Hola, abogado —saludó cariñosamente—. Estás como nunca... comestible de los pies a la cabeza.

King se echó a reír. Effie era una hermosa mujer de unos treinta y dos años, morena, de ojos ardientes y cuerpo opulento. El escote de su vestido era más bien morigerado, pero de un tremendo atractivo.

—Si fuese otro, te diría una barbaridad, Effie —contestó él en el mismo tono—. Pero soy un hombre muy cortés y no quiero herir tus oídos. Me limitaré a decirte que estás guapísima.

—Eso es suficiente, cariño. Oye, ¿es cierto que andas tras el asesino de Harrison?

—¿Cómo lo sabes?

Effie hizo un gesto con la mano.

—Tengo ojos, pero, sobre todo, oídos...

—También los tenía tu esposo y ya sabes lo que le pasó.

—Sí, pero aquel tonto carecía del sentido de la prudencia y quiso hacerse el listo. A mí no me sucederá nada de eso.

—Lo deseo muy sinceramente. Bien, cuéntame...

—Aquí, no; en mi casa. He preferido que nos vieran juntos. Así, ahora, nos iremos... y yo habré conquistado un «cliente». ¿Lo entiendes?

King siguió sonriendo, pero sus ojos estaban muy abiertos.

—¿Quién nos mira?

—Un tal Croyd. Hace días que me sigue.

—Le conozco.

—Trabaja para Farrington.

—Sí.

—¿Por qué te sigue?

—Durante una temporada, un tal Rick Clanton y yo fuimos muy... amigos.

—Oh, comprendo. ¿Vamos?

Effie se colgó de su brazo, haciendo los gestos adecuados para una profesional. Salieron del Vicky's

y caminaron apaciblemente por la acera. A los pocos minutos, King tiró de la joven y la hizo meterse en un callejón oscuro.

—Danny, ¿qué diablos...? —dijo Effie, desconcertada.

—Aguarda un momento —pidió él en voz baja.

Atónita, Effie vio que el joven se apoderaba de un gran cubo de basura, cuya tapa dejó a un lado cuidadosamente. Effie arrugó la nariz al percibir el hedor que salía del recipiente.

—Huele a diablos...

Croyd asomaba en aquel momento. King disparó ambas manos al cuello del hampón y tiró de él con fuerza. Antes de que pudiera saber qué le sucedía, Croyd se encontró zambullido de cabeza en el cubo, lleno hasta la mitad de apestosa inmundicia.

Los pies del sujeto se agitaron frenéticamente. Riendo hasta saltarle las lágrimas, Effie se dejó llevar por King, mientras Croyd hacía desesperados esfuerzos por abandonar tan incómoda posición.

Cuando al fin estuvo libre, la pareja había desaparecido ya.

Suspirando complacidamente, Effie estiró los brazos, permaneció así unos momentos y luego se volvió hacia el hombre que tenía a su lado en la cama.

—Te has portado bien, Danny —dijo.

—Tú tampoco te has quedado atrás —sonrió él.

—Bueno, es que el encuentro merecía la pena. ¿Quieres tomar algo, cariño?

—¿Hay café?

—Claro.

Effie saltó de la cama y, desnuda como estaba, se encaminó a la cocina. A los pocos minutos volvió con una bandeja en las manos.

—Y bien, ¿qué opinas de lo que te he contado?

Recostado contra un almohadón, King agitó la cucharilla de su

taza.

—Eso fue lo que te dijo el Lagartija.

—Sí.

—Y le pagaron quinientos por la faena, más otros quinientos cuando hubiera regresado con lo que le encargaron buscar.

—Efectivamente.

—Pero se encontró con una escopeta de caza.

—Tuvo mala suerte. Estoy segura de que no se lo esperaba.

—Tampoco los que le contrataron, pienso yo.

—No, creo que no. Danny, ¿qué buscaba Clanton?

—¿No te lo dijo?

—Mencionó algo que podía valer millones, pero no me dio más detalles. Honradamente, creo que él tampoco lo sabía. Y aun pienso que exageraba...

King meditó unos segundos. ¿Había buscado Rick una grabación tomada por una cámara oculta? ¿Valía millones la cinta que había registrado la orgía terminada en un asesinato?

—Puede que no —murmuró, mientras dejaba la taza vacía en la cercana mesilla de noche—. Puede que no exagerase. La muerte de Harrison significa millones para alguien.

Effie se estremeció, sentada en el borde de la cama.

—¿Y aceptó Rick el trabajo por sólo mil dólares?

Hubo un instante de silencio. Luego, Effie chasqueó los dedos.

—Ya está —añadió, muy excitada—. La víspera de realizar su trabajo, Rick dijo que no era tonto. No sé a qué se refería, pero me parece que podía tener relación con el asunto.

—Mucha relación —corroboró King—. Porque acaso Rick tenía la intención de quedarse lo que iba a buscar en la casa de Harrison y pedir luego mucho más dinero del que le habían prometido.

—Sí, seguro. Pero sus planes sufrieron un ligero cambio.

King emitió una leve risita.

—El cambio no fue ligero, precisamente. De la fortuna, a la tumba, Effie.

Ella sintió un escalofrío.

—Atroz —murmuró—. Hay cosas que, verdaderamente, dan miedo. A veces pienso que lo mejor es permanecer en la ignorancia...

—Lo mejor es ser prudente, hermosa.

King dejó la cama. Effie le miró sonriendo.

—¿Te espera alguien?

—No, pero...

Ella le abrazó con fuerza y lo hizo caer hacia atrás, quedando encima de su cuerpo.

—Si no te aguarda nadie, quédate —pidió ardorosamente.

—Puesto que tanto te empeñas... —sonrió King, pero no pudo seguir hablando porque la boca de Effie se aplastó vorazmente contra la suya.

King durmió hasta bien entrada la mañana. Cuando despertó, notó que llegaba hasta el dormitorio el agradable aroma de los huevos y el tocino que se freían en la sartén, mezclado con el del café recién hecho.

—¡Danny! —gritó la joven.

—Voy —contestó él.

—Date prisa o se enfriará el desayuno...

King bostezó un par de veces y abandonó la cama. Después de una rápida ducha, salió del baño vestido solamente con los pantalones.

Effie sonreía mientras le ponía el plato delante.

—Come, debes reponer fuerzas —dijo, a la vez que le guiñaba un ojo.

King se frotó las manos.

—Esto tiene un aspecto maravilloso... —Pero antes de terminar la frase elogiosa, sonó el timbre de la puerta.

Effie se dispuso a abandonar la cocina.

—Un momento —dijo él—. ¿Esperas a alguien?

—No, pero creo que debo abrir...

—No tengas tanta prisa. Deja que yo me encargue de esa tarea.

El temor asomó inmediatamente a los ojos de la joven.

—Danny, no me asustes —dijo.

—Más vale tomar precauciones a tiempo —contestó King.

Salió de la cocina, atravesó la sala y abrió la puerta. Inmediatamente, retrocedió, con las manos en alto.

—¿Dónde está esa furcia? —preguntó Croyd hostilmente, a la vez que blandía un revólver con la mano derecha.

—¿Qué quiere de Effie?

—Hablar con ella, si no tiene inconveniente...

—Hombre, puesto que lo pide con tan buenas maneras... Venga, por favor.

King continuó retrocediendo. Al llegar a la cocina, Effie chilló.

—Este caballero quiere verte —dijo el joven. Se volvió hacia Croyd—. Te envía Armin, ¿verdad?

—¿Armin? ¿Qué Armin? —exclamó el pistolero desconcertado.

—Hombre, quién va a ser... Farrington... Me voy a enfadar con él cuando le vea. Si quiere que le haga una cosa, debe dejar que use mi iniciativa y que no mande a otro a estropear me el plan.

—No entiendo absolutamente nada —dijo Croyd.

—Pues está bien claro: lo que tú vienes a hacer, ya lo he hecho yo durante la noche y sin el menor esfuerzo. Bueno, algún esfuerzo sí he hecho —añadió King con una risilla maliciosa—. Pero resultó tan agradable... ¿No es cierto, nena?

Effie no sabía adónde quería ir a parar el joven, pero decidió seguirle la corriente.

—Sí, maravilloso —dijo con los ojos en blanco.

—¿Sabe una cosa? —Gruñó Croyd—. No creo en absoluto nada de lo que me está diciendo —movió el revólver—. Y ahora mismo voy a...

—Tranquilo, muchacho —dijo King con acento persuasivo—. No hagas nada que pueda comprometerte —le puso una mano sobre los hombros y bajó la voz—: Yo me encargaré de eso —agregó, con los labios pegados a la oreja del sujeto.

Croyd le miró recelosamente.

—No acabo de creer...

—Ten un poco de paciencia, hombre. Te diría que llamas a Armin, pero ya sabes que duerme hasta muy tarde. ¿Por qué no tomamos una taza de café todos juntos? ¿Effie?

—Sí, al momento —contestó la joven apresuradamente.

—Voy a terminar de vestirme y vuelvo en seguida. No hagas nada, Duck —y cuando ya estaba en la puerta del dormitorio, se volvió hacia el sujeto—. Me enteré de lo que le pasó al pobre Jack. Algo verdaderamente lastimoso, ¿no?

Croyd ya no sabía a qué carta quedarse y asintió mecánicamente. King fue al dormitorio, en donde terminó de vestirse y a continuación pasó al cuarto de baño, en cuyo espejo escribió un mensaje con un lápiz de labios de la dueña de la casa.

Luego, silbando alegremente, regresó a la cocina.

El café humeaba ya en las tazas. King se sentó frente a la mesa, pero, de pronto, se dio una palmada en la frente.

—Effie, creo que me he olvidado el encendedor en el lavabo. Por favor, ¿quieres traérmelo?

—Claro.

Croyd seguía receloso, en pie, a un par de metros de la mesa. Cuando la joven hubo salido, vio que King ponía algo en su taza de café.

—Cuida tu expresión —dijo, mientras se llevaba a los labios su propia taza.

Effie volvió a los pocos momentos y dejó el encendedor sobre la mesa.

—Aquí está, tipo descuidado —dijo alegremente.

—Tómate el café o se te enfriará —aconsejó King.

Ella asintió. Removió el azúcar y bebió de un trago el contenido de la taza.

—Yo tomaré otra —dijo King.

—Sí, ahora mismo.

Effie se levantó y fue hacia el hornillo. De pronto, se puso una mano en el vientre.

—Oh... Me arde el estómago...

Lentamente, giró hasta enfrentarse con King.

—Me has... envenenado...

—Lo siento —dijo el joven simulando indiferencia—. No puedo consentir que repitas a otro lo que me has dicho a mí.

Effie cayó de rodillas.

—Por favor..., un médico...

—Ya no hay médico que te salve. —King simuló una sonrisa de satisfacción—. ¡Buen viaje al infierno, preciosa!

Croyd se sentía pasmado, mientras contemplaba a Effie pataleando en el suelo. De pronto, sintió un empujón.

—Tú, vámonos ya —dijo King ásperamente.

—Pe... pero ¿qué diablos le has dado? —exclamó el pistolero, que no salía de su asombro.

—Cianuro.

Croyd sintió un escalofrío. King abrió la puerta del piso y lo empujó fuera con una mano.

—Vamos, cuanto más lejos estemos de aquí, mejor nos sentiremos.

—Pe... pero tú me pegaste anoche...

—Claro, tenía que ganarme su confianza. ¿Es que no lo comprendes?

Croyd sonrió anchamente.

—Ahora sí, ahora sí lo entiendo —dijo, muy complacido.

—Cuando veas a Armin, dile que ya lo sé todo y que le llamaré para contárselo.

—De acuerdo —contestó el pistolero con toda ingenuidad, ignorante de que, en aquellos instantes, Effie estaba limpiando el mensaje que King había escrito en el espejo y que decía:

«TÓMATE EL CAFÉ Y SIMULA MORIR ENVENENADA»

Croyd ignoraba también que el pretendido cianuro no había sido sino una inofensiva tableta de analgésico. Al llegar a la calle, se volvió hacia el joven y dijo:

—No me gustaría tenerte por enemigo; eres demasiado peligroso.

—Aún no has visto todo de lo que soy capaz —contestó King fingiendo modestia.

CAPÍTULO XI

Cuando llegó a su casa, lo primero que hizo fue llamar a Effie.

—Hola, hermosa —saludó alegremente.

—Eres un granuja —rió ella—. ¿Cómo se te ocurrió la idea?

—¿No era mejor morir a mis manos que a las de ese mulo bípedo?

—Sí, tienes razón, pero cuando descubran...

—Cuando lo descubran, ya será tarde, no te preocupes. En primer lugar, callarán, porque les conviene. Y, en segundo, ninguno de ellos irá a tu casa, para comprobar si es cierto que has muerto, porque saben que podría crearles compromisos. Lo único que debes hacer en todo el día es no contestar el teléfono. ¿Entendido?

—Sí, Danny.

—Eres una artista maravillosa. Croyd salió con las piernas convertidas en mantequilla. Estoy seguro de que aún no se le ha pasado el susto.

—¿Crees que venía a matarme, Danny?

—Muy posiblemente. Pero yo me anticipé con mí «cianuro». No te preocupes más de ellos, nena. Ah, y gracias por todo.

—¿Gracias? Yo te las doy a ti y no lo olvidaré nunca, te lo juro.

—Está bien. Te veré otro día. Ahora, perdóname, pero tengo trabajo.

No era cierto, pero quería cortar la comunicación. Consultó el reloj y vio que era pronto para que hubiese regresado Tina. Decidió esperar.

Hacia la una del mediodía, se abrió la puerta del despacho. Tina asomó la cabeza y vio al joven sentado en el butacón, con la cabeza echada hacia atrás, los pies en la mesa, las manos sobre el estómago y los ojos cerrados.

Tina sonrió, a la vez que daba un manotazo a los pies de King, quien se despertó de inmediato.

—Eh, ¿qué modales son éstos? —protestó.

Ella se sentó desenvueltamente en un ángulo de la mesa.

—Lo he conseguido —dijo.

King observó la indumentaria de la chica: falda muy corta, con pantis de malla negra, y blusa carmesí con un escote sumamente espectacular. Tina iba asimismo muy maquillada, lo que le confería un aspecto bastante extraño, aunque no por ello menos atractivo.

Un documento plegado en cuatro dobleces cayó sobre la mesa. King lo cogió y, después de desdoblarlo, lo leyó atentamente.

Durante unos minutos, sólo hubo silencio en el despacho. Luego, King alzó la cabeza y miró a la chica.

—Muy notable —comentó—. Verdaderamente notable.

—Yo añadiría: «¡Asombroso!».

—Sí, es una noticia capaz de dejar de piedra al más tranquilo. ¿Le costó mucho conseguirlo?

Tina se echó a reír.

—¿Con este aspecto? El empleado del registro se derritió apenas me incliné sobre su mesa. Incluso él mismo se encargó de proporcionarme una fotocopia... Claro que me costará algo, porque de alguna forma tenía que agradecérselo.

—¿Qué te costará?

—Me invitó a cenar y dije que sí.

—¡Te lo prohíbo...! —King se cortó, pensando en que había pasado la noche en casa de Effie—. Está bien, eres libre de salir con el que gustes, pero siempre fuera de las horas de trabajo.

—Claro, no nos vamos a ir a cenar ahora —dijo ella maliciosamente—. ¿Has conseguido tú algo interesante?

—Mucho, pero este testamento lo aclara todo. Por cierto, tendrás que ir a buscarla.

—¿Tú crees?

King sacó de su bolsillo las llaves del coche y se las dio a la muchacha.

—A las siete en punto, en el lugar que puedes imaginarte —indicó.

—Se va a llevar un disgusto de muerte —observó Tina.

—Yo quisiera disgustarme con lo que le va a quedar —rezongó el joven—. Vamos, empieza a moverte. Ah, y cámbiate de ropa.

Tina se apeó de la mesa.

—¿No te gusto así? —rió, maliciosa.

King soltó un bufido. Tina volvió a reír y caminó hacia la puerta, con un deliberadamente provocativo contoneo de caderas. King la miró y acabó por sonreír.

Luego alzó el teléfono.

—Póngame con la señora Harrison —pidió segundos más tarde —. Soy Danny King.

La voz de Gloria no se hizo mucho de esperar:

—¿Señor King?

—Señora, tengo buenas noticias para usted, pero me gustaría comunicárselas en presencia del señor Kerstow. A fin de cuentas, él dirige la empresa fundada por su difunto esposo y creo que debe estar enterado de lo que sucede.

—¿Ha localizado ya al que pagó al asesino de mi esposo?

—Señora, hay cosas que no se deben decir por teléfono —contestó King evasivamente, sabedor de que su respuesta avivaría indudablemente el interés de la viuda.

—Entiendo —dijo Gloria—. Bien, hablaré con el señor Kerstow... ¿A qué hora vendrá a visitarme?

—A las siete, señora.

—Muy bien. Tenga la bondad de traerme la nota de sus honorarios.

—Sí, señora.

King colgó el teléfono y meditó unos segundos, con los ojos cerrados. De pronto, se enderezó y buscó un número en su agenda particular. Hizo una llamada y esperó.

Una voz de hombre contestó a los pocos momentos.

—Stanley, tengo que pedirte un favor —dijo el joven.

—Lo que quieras, Danny —contestó el otro—. ¿De qué se trata?

King se lo explicó detalladamente. Stanley Bow dijo que lo haría con mucho gusto, pero pidió la hora de su actuación.

—A las seis en punto —indicó King.

—Eso está hecho —se despidió Bow.

Satisfecho, King dejó de nuevo el teléfono sobre la horquilla y se puso un cigarrillo en la boca, cuyo humo inhaló en largas y placenteras bocanadas.

El último acto del drama, pensó, se iniciaría a las siete en punto de la tarde.

Gloria Harrison le recibió ataviada con un espectacular traje negro, largo, cuyo escote posterior finalizaba justo donde se iniciaba la división de la espalda en dos atractivas mitades. En cuanto al escote delantero, consistía en dos trocitos de la misma tela, que cubrían apenas los rosados vértices de los senos.

—Está usted fascinadora —dijo King, a la vez que se inclinaba para besarle la mano galantemente—. No me explico cómo pude el otro día desempeñar el papel del casto José.

Gloria hizo aletear sus largas y artificiales pestañas.

—Tal vez más tarde quiera comportarse como don Juan —insinuó.

—Es muy posible.

—Sí, muy posible. ¿Quiere beber algo?

—Dos dedos de *bourbon* y uno de agua, muchas gracias.

Gloria preparó la bebida. Mientras lo hacía, dijo:

—Y bien, ¿quién es el asesino?

—Muy pronto lo sabrá. Ah, creo que ahí llega el señor Kerstow —exclamó el joven.

Kerstow hizo su aparición, resoplando como una ballena al emerger a la superficie, con un pañuelo en la mano con el que se enjugaba el abundante sudor que corría por su rostro.

—Gloria, aquí estoy —dijo un tanto melodramáticamente.

—Gracias, Amos —contestó la dueña de la casa—. Supongo que conoces al señor King.

—Sí, en efecto. —Kerstow dirigió al joven un rápido saludo—. ¿Qué hay de nuevo, Gloria?

—Creo que el señor King tiene noticias muy interesantes que contarnos. ¿No es cierto, amigo mío?

—En efecto, pero es que estoy aguardando a mi secretaria, que debe venir con ciertos datos que le he solicitado y que, supongo, completarán mi investigación. No creo que tarde ya mucho, señora Harrison.

—Bien, puesto que es así, aguardaremos lo que sea preciso.

Miró a Kerstow y sonrió.

—¿Qué quieres beber? —consultó.

—Cualquier cosa —contestó el interpelado, evidentemente incómodo—. Gloria, si quieres que sea sincero, te diré que no hiciste bien al contratar a este entrometido —añadió con un

gruñido.

—Me pareció el más adecuado —contestó ella con indiferencia—. ¿No opina usted lo mismo, señor King?

—Depende de los puntos de vista —sonrió el joven—. Claro que yo respeto el del señor Kerstow, aunque no esté de acuerdo con él.

—Señor King, para estar de acuerdo conmigo, debería marcharse inmediatamente de esta casa —dijo Kerstow ofensivamente.

—No puedo hacerlo, mientras no me lo ordene la señora Harrison.

—Se queda, Amos —decretó Gloria.

Kerstow se encogió de hombros.

—Tú eres la dueña de todo —gruñó.

De pronto, se oyeron pasos. La puerta de la sala donde había muerto Harrison, que era el lugar en donde se hallaban los protagonistas de la escena, se abrió bruscamente. Farrington y Ross se hicieron visibles en el acto.

Kerstow lanzó un chillido:

—¡Armin! ¿Qué diablos haces aquí?

Farrington pareció sentirse desconcertado al oír aquellas palabras.

—Hombre, qué preguntas haces —respondió—. Tú mismo me has citado... Llamaste a las seis...

—¡Yo no te he llamado! —vociferó Kerstow—. Imbécil, ¿es que no te das cuenta de la imprudencia que has cometido?

Farrington frunció el ceño y miró al joven.

—He sido yo —dijo King amablemente—. Perdón, lo hizo un amigo, que sabe imitar a la perfección cualquier sonido, incluyendo, lógicamente, la voz humana. Creo que usted debe de conocerlo, señor Ross, puesto que actuó en alguna ocasión en el local de su propiedad, el Arrows. Se llama Stanley Bow...

—¡Bow! —repitió Ross sombríamente.

—El mismo. Simplemente, imitó la voz de Kerstow para hacer que Farrington y usted acudieran a esta casa. Si la llamada hubiese procedido de la señora Harrison, ustedes habrían sospechado algo y no hubieran venido.

—Ingenioso —comentó Gloria en alta voz.

—Detestable —rezongó Kerstow.

—Son opiniones —sonrió King.

—Pero todavía falta alguien —dijo Gloria—. Usted mencionó a su secretaria...

King consultó su reloj.

—No creo que tarde ya mucho —manifestó.

Farrington le apuntó con el índice.

—King, si no se marcha inmediatamente llamaré a la policía y le acusaré del asesinato de Effie Mulligan —exclamó furiosamente.

—¿Quién es Effie Mulligan? —preguntó Gloria desconcertada.

—Una hermosa dama, que tomó esta mañana una taza de café...

—¡Con cianuro! —rugió Farrington.

—Con una aspirina. La señora Mulligan supo fingir muy bien una muerte por envenenamiento..., preferible enteramente a una muerte por impacto de bala.

Farrington se puso rígido.

—De modo que engañó a Croyd —dijo.

—Sí. ¿Es que no lo supo adivinar cuando él le contó lo que había pasado? ¿O no quiso pasar por tonto delante de su esbirro?

El rostro de Farrington se puso rojo, congestionado.

—Acabemos de una vez —barbotó—. ¿Qué es lo que pretende, King?

—Demostrar que usted, Ross y Kerstow fraguaron la muerte de Harrison, para quedarse con el bonito negocio que es la Amour Films y las revistas pornográficas que edita la misma empresa —contestó el joven impasiblemente.

Ross se echó a reír.

—Tiene usted una inventiva prodigiosa —exclamó.

—Eso se dice siempre del que declara algo aparentemente extraordinario y que no tiene explicación por el momento, hasta que se aclaran las cosas. ¿O no fue por eso mismo que alguien envió a un tal Rick Clanton a esta casa, mediante el pago de mil dólares, la mitad por adelantado?

Hubo un instante de silencio. De pronto, Gloria exclamó:

—¡La cinta grabada con la muerte de mi esposo!

—No, señora —contradijo King—. Clanton buscaba otra cosa de mucha mayor importancia, algo que usted ocultaba cuidadosamente, porque le convenía muchísimo. Pero a ese trío les convenía mucho más apoderarse de...

King sonrió mientras se acercaba a uno de los paneles de madera

de la pared.

—Aquí, justamente, usted encontró a Clanton la noche en que entró a robar. Yo también pensé que vino a buscar la grabación de video, pero cuando recordé las imágenes, me di cuenta de que la cámara no podía estar instalada en este lugar. Está más arriba, cerca del techo, de modo que domine con el objetivo una amplia panorámica de la sala...

—¡Apártese de ahí! —dijo Gloria coléricamente.

King retrocedió un par de pasos.

—Señora, ¿había olvidado usted que todo testamento debe tener una copia en el registro del condado?

Gloria apretó los labios, pero no dijo nada. King continuó:

—Usted, por supuesto, no es culpable de la muerte de su esposo, aunque no lo llorase. Pero no quería que se conociese públicamente la última voluntad de su marido... el testamento en el cual deja la mitad de sus bienes y fortuna a su hija... una hija que ni siquiera sabe que su padre se llamaba Spencer Thomas Harrison.

Se volvió hacia los tres hombres.

—Pero ustedes sí lo sabían, especialmente Kerstow, íntimo de Harrison y para quien éste no tenía secreto alguno. Kerstow sabía que en cualquier momento podía verse en la calle, porque a una de las dos mujeres no le importaba el negocio en absoluto, ya que le quedaría dinero suficiente para vivir como una reina... y la otra, es decir, la hija de Harrison, habría liquidado una empresa cuyas actividades se le hacían repugnantes. Me refiero, naturalmente, a la señorita Helen Holt.

—¿Quién habla de mí? —Sonó de pronto una voz femenina.

King se volvió sonriente hacia la puerta. Tina y Helen estaban en el umbral.

—Yo —contestó—. Entren, por favor; hay cosas muy interesantes que contar y que usted, sobre todo, señorita Holt, debe conocer inexcusablemente.

CAPÍTULO XII

Pálida, muda de rabia, Gloria Harrison se mordía los labios nerviosamente. Kerstow sudaba a mares, Ross estaba muy inquieto. Sólo Farringdon aparecía relativamente tranquilo.

—De modo que soy la hija de Harrison —exclamó Helen, cuando hubo conocido la verdad.

—Y heredera de la mitad de cuánto poseía en el momento de su muerte. Así se especifica en su testamento, cuya copia le entrego, para que la haga ejecutar por medio de sus abogados.

—Pleitearé... —dijo Gloria furiosamente.

—Le aconsejo que no lo haga; perdería el tiempo y el dinero inútilmente. Confórmese con lo que le queda, que no es una tontería precisamente. Pero éste es un asunto que puede esperar; lo interesante ahora es aclarar la muerte de su esposo.

Gloria miró sucesivamente a los tres hombres.

—¿Quién de ellos pagó al asesino? —exclamó.

—A mí no me complique la vida en algo de lo que soy enteramente inocente —refunfuñó Harvey Ross.

—¿Inocente? —rió King—. Es posible que no quisiera entrar en el juego de una manera declarada, pero tampoco alzó un dedo para evitar el asesinato de su jefe y amigo. Sabía que ello le beneficiaría, porque así continuaría siendo productor ejecutivo de la *Amour Films*. Harrison estaba dispuesto a disolver la compañía; quería retirarse y eso era algo que no convenía a Kerstow ni tampoco a usted. ¿No es cierto que su esposo había hablado más de una vez de abandonar los negocios, señora?

Gloria asintió.

—Sí, decía constantemente que ya tenía dinero suficiente y que no era necesario que siguiera trabajando. Lo que no le impedía celebrar sus orgías...

—Era un modo como otro cualquiera de divertirse —dijo King

irónicamente—. Pero Kerstow también lo sabía y se dio cuenta de que podía ir a la ruina. Por eso empezó a planear la muerte de Harrison, porque sabía que la viuda le dejaría las manos libres para continuar con los negocios. A Ross también le convenía esa muerte, aunque no tomó parte directamente en los preliminares, realizados por Farrington, quien, como jefe de seguridad del Arrows, conocía sobradamente a la gente capaz de ejecutar tan siniestros planes. Ninguno de ellos contó, sin embargo, con la reacción de una viuda que se comportó de una forma absolutamente inesperada, contratándose para aclarar el enigma. Por supuesto, la señora Harrison no lo hizo de una forma totalmente desinteresada, ya que conocía la existencia de un testamento en el que se decretaba sin lugar a dudas la partición de los bienes de su esposo. Tal vez esperaba que alguien quitase de en medio a una inesperada competidora: la hija de su esposo. Y estuvo a punto de suceder así, cuando alguien quiso culparla de la muerte del abogado McCandless, un hombre que, desinteresadamente, quería que se hicieran las cosas como era justo y equitativo.

—Pero McCandless no me dijo nunca nada al respecto — exclamó Helen.

King meneó la cabeza.

—Posiblemente, sabía que usted se sentiría muy desgraciada, no tanto por su origen como por la forma en que su padre había ganado una inmensa fortuna. Acaso quería decírselo gradualmente, pero no le dieron tiempo.

—Sí, tuvo que ser así, pero ¿quién lo mató?

—Kerstow.

Sobrevino un espeso silencio. Delgados hilos de sudor recorrían las grasientas facciones del acusado.

De repente, sonó un chillido:

—¡No, no lo hice yo! Fue Farrington...

Kerstow se calló bruscamente. King sonreía de una manera especial.

—Muchas gracias, señor Kerstow —dijo con placentero acento.

El rostro de Farrington se inflamó.

—Maldito estúpido... Sabía que no podía contar contigo, condenado hijo de puta...

Ross dio un paso hacia atrás.

—A mí no me compliquen en este asunto —dijo lleno de aprensiones.

—¿No? —exclamó King—. ¿Después de que dio a Farrington diez mil dólares para que me sobornase y dejara de investigar, en vista de que no conseguían acabar conmigo? ¿A quién va a convencer de que tiene las manos limpias en este sucio asunto? ¿Cómo piensa persuadirnos de su inocencia, después de las presiones que ejerció sobre la señorita Holt, para que actuase en sus repugnantes películas? Usted sabía que era hija de Harrison y quería así forzarle para que siguiera al frente de la compañía. Hubiese empleado uno de esos filmes para hacerle chantaje, pero en vista de que Helen se resistía, accedió a tomar parte en el plan que debía acabar con la vida de Harrison. Y, como venganza, decidió complicarle la vida mediante el asesinato de McCandless, sabiendo que el abogado había ido a visitarla en su camerino. Porque McCandless era un personaje que también estorbaba.

—Todo eso son fantasías...

—¿Fantasías? A estas horas, la policía habrá identificado ya las huellas dactilares que usted dejó en la navaja automática con la que atravesó el corazón de McCandless. Farrington no pudo ser, porque yo estaba con él en aquellos momentos...

—¡No hay huellas dactilares! —gritó Ross descompuestamente.

—Usó guantes, ¿no es cierto?

Ross se puso lívido. Las palabras que acababa de pronunciar eran una implícita confesión de culpabilidad.

Kerstow jadeaba como si se ahogase. El único que parecía mantener la calma era Farrington.

—Será mejor que nos vayamos —propuso secamente.

—No se lo aconsejo —dijo King.

Farrington sonrió desdeñosamente.

—¿Cómo lo va a impedir? —preguntó.

Un revólver apareció de súbito en su mano derecha, Tina lanzó un grito.

Gloria respingó. Helen se puso pálida.

—Nunca debí haberme mezclado en este asunto con un par de gagnápiros que tienen dentro de la cabeza menos sesos que un mosquito —dijo Farrington despectivamente—. Yo tuve que hacer la mayoría de todos los trabajos sucios...

—Excepto apuñalar a McCandless —cortó King.

—Porque me negué y él tuvo que hacerlo —declaró Farrington, con la vista fija en Ross—. Tenía que ejecutar su parte o se iba a la ruina. Pero el que ideó el plan desde el primer momento fue Kerstow.

—Y usted contrató a Clute y convenció a Tracy Rowell para que entrase en el asunto. Seguramente, le dijo que sólo pretendían dar un susto a Harrison, pero cuando ella lo vio muerto, comprendió el engaño y... una de dos: o pidió mucho dinero o amenazó con hablar. Por tanto, alguien fue a su casa y la estranguló. Posiblemente, el mismo Clute, un tipo muy robusto y con la suficiente potencia en las manos para emplear un cordón de seda con fatales resultados. No, no tienen solución, caballeros, y perdonen la expresión: éste es un caso en que los tres son absolutamente culpables.

—Eso habría que demostrarlo ante un juez y un jurado y, personalmente, veo muy difícil que suceda —dijo Farrington—. Sobre todo, si se piensa en lo que tengo en la mano derecha.

—¿Qué piensa hacer? ¿Matar a cuatro personas, para que no repitan a nadie todo lo que se ha hablado en esta casa? —preguntó King.

Farrington vaciló. Ross se arrojó repentinamente sobre él.

—¡No cometas un disparate! —gritó—. Esto puede empeorar nuestra situación...

Farrington pareció perder la cabeza y apartó al otro de un tremendo empujón.

—¡Maldito cobarde! Yo tenía que hacer todos los trabajos sucios...

Apretó el gatillo un par de veces. Las detonaciones sonaron como fuertes chasquidos. Al sentirse herido, la cara de Ross expresó primero un infinito asombro.

Luego bajó la vista y se miró el pecho, en el que ya fluía la sangre rápidamente. Un aullido animal escapó de su garganta.

—Me has matado... —se quejó.

Sus rodillas se doblaron y apoyó las manos en el suelo. De sus labios cavó un delgado hilo de líquido rojo.

Kerstow, asustado, quiso escapar. Farrington le apuntó con el arma, pero, aprovechándose del momento y puesto que la atención

del asesino estaba morbosamente fija en otro objetivo, King alzó el pie derecho y golpeó la mano izquierda.

El tiro salió alto. Farrington lanzó un terrible juramento, pero antes de que pudiera reaccionar, King le arreó un tremendo derecho en el plexo solar. Luego completó la acción con un seco golpe de izquierda al mentón y Farrington se desplomó sin sentido.

Fuera, en el vestíbulo, sonaron las inconexas lamentaciones de Kerstow:

—Protéjanme... Lo contaré todo..., pero no dejen que ese hombre me mate...

El teniente Parral apareció en la puerta, seguido de algunos agentes de uniforme, dos de los cuales sostenían a Kerstow, que parecía a punto de desmayarse de terror.

—Parece que hemos llegado tarde —dijo Parral, con el ceño fruncido.

—No del todo —contestó King—. Tienes a un asesino desmayado y al otro...

Miró a Ross. Ya había dejado de moverse.

—Bien, ha recibido lo que se merecía —concluyó.

Más tarde, cuando los policías se hubieron marchado con los prisioneros y el cadáver de Ross, Gloria Harrison se encaró con el joven.

—No sé cómo agradecerle...

—Usted ya me pagó por mi trabajo, señora. Consiguió le que deseaba... perdón, la mitad de lo que quería. La otra mitad pertenece a la señorita Harrison, que es su verdadero apellido.

Los ojos de Gloria emitieron un destello de ira.

—Ése no fue el pacto...

—Para descubrir a los asesinos de su esposo, tenía que llegar hasta el fondo del asunto, señora —contestó el joven secamente.

Gloria apretó los labios.

—Buscaré un buen abogado —dijo.

—Yo he consultado con otro antes de venir aquí, aparte de que también tengo ese título. El testamento de su esposo es inatacable. Si entabla un pleito, lo perderá, puede estar segura de ello.

—Váyanse, váyanse todos de aquí —exclamó Gloria coléricamente—. No quiero verles más...

King se volvió hacia la cantante.

—Helen, la casa también es suya —dijo.

—No viviría aquí por todo el oro del mundo —respondió la aludida—. Por favor, quiero salir de aquí cuanto antes.

—Claro.

Cuando llegaban a la puerta, King se volvió un instante y contempló el lujoso edificio.

—Un bonito marco para un crimen..., pero el tema del cuadro era verdaderamente repugnante —comentó a media voz.

Cuando ya estaban en el coche, Helen dijo:

—Danny, ¿querrá usted encargarse de mis asuntos legales?

King vaciló.

—Pues... no sé...

—El señor King será su consejero legal —exclamó Tina con firme acento.

—Eh, ¿cómo puedes asegurar algo que yo mismo ignoro? —protestó el joven.

—Danny, todo esto es desconocido para mí. Yo no sé hacer otra cosa que cantar —dijo Helen—. Me perdería en esta especie de selva de leyes... y no confiaría en otro mejor que usted. Fije usted mismo sus honorarios y empiece a trabajar cuanto antes Con una condición.

—¿Sí?

—Habrà que buscar la forma de disolver la Amour Films. No quiero tomar parte en un negocio tan repugnante.

—Costará un poco, pero lo conseguiremos.

—Esa clase de negocios no cesan jamás —dijo Tina, filosóficamente—. Otros lo continuarán...

—En todo caso, no seré yo —dijo Helen rotunda.

—Quizá lo quiera continuar su madrastra —apuntó King.

Helen se encogió de hombros.

—Eso es cuenta suya —respondió—. Me pregunto —añadió pensativamente—, cómo no me dijo mi padre nunca nada...

—En cierto modo, usted constituía un estorbo para él.

—Y nunca conocí a mi madre.

—Murió cuando usted era una niña. Harrison pagó a un matrimonio para que la cuidaran, aunque sin decirle nunca jamás nada de su origen. Parece ser que temía que el descubrimiento de una hija podía perjudicarle en los negocios, aunque, por lo visto, a

última hora, pensó en usted. Pero, sobre todo, en los últimos años, no quería que su esposa lo supiera. Temía a las reacciones de Gloria, una mujer muy absorbente y con un gran carácter.

—Pero, al fin, Gloria llegó a enterarse... —dijo Tina.

—Sí, después de que su esposo fue asesinado. Y entonces, lógicamente, calló. Pero si me encargó buscar al asesino, fue porque temía correr la misma suerte. Sin embargo, los asesinos no se atrevieron, temerosos de ser descubiertos. Claro está que contaban con buenos informadores y por eso trataron de obstaculizar mis investigaciones a cualquier precio.

—Por fortuna, no lo consiguieron —sonrió Tina.

—No, no lo consiguieron —suspiró King—. A propósito, Tina, ahora vamos a tener más trabajo. ¿Quieres continuar como mi ayudante?

—El empleo está bien pagado, Danny.

—No suelte a ese hombre —aconsejó Helen—. Vale su peso en oro.

—Tendrá que demostrármelo —dijo Tina.

—Hay tiempo de sobra —aseguró King.

—¿Toda la vida?

King se volvió hacia la cantante.

—¿Qué debo contestar, Helen? —consultó.

—Lo dejo a su discreción —rió la interpelada.

—Está bien, Tina. La respuesta es afirmativa.

Tina se arrellanó en su asiento.

—A las nueve en punto estaré en la oficina —prometió.

FIN

BRIGITTE «BABY» MONTFORT

la mundialmente famosa agente conocida como la espía «Baby», surgida de la fecunda pluma de

LOU CARRIGAN

el afamado escritor que tantos éxitos lleva cosechados en el transcurso de su carrera literaria es presentada, ahora, por

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

a los numerosos lectores que la honran con su adhesión, a través de su colección:

ARCHIVO SECRETO

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

